

MORUENA ESTRÍNGANA

SWEET LOVE

*Amistad
inesperada*

NEILL Y DEBBIE



1

Click
EDICIONES

ÍNDICE

Portada
Sinopsis
Dedicatoria

PARTE 1

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13

Agradecimientos

Biografía

Créditos

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Debbie no quiere tener nada que ver con el mundo de las animadoras y los futbolistas, más que nada porque su madre fue capitana de animadoras y su padre capitán del equipo de fútbol. Una historia de amor de las que hizo historia y que se sabe de memoria. Ella no quiere seguir los pasos de su madre, quiere ser ella misma, aunque sabe que la única forma de comprender a su progenitora es acabar en la fraternidad de animadoras rodeada de pompones. No piensa seguir sus pasos por nada del mundo..., pero ella no contaba con que una noche loca, en la que un beso inesperado le hizo acariciar el cielo, acabaría siendo el comienzo de su amistad con Neill..., capitán del equipo de fútbol. Por suerte solo son amigos y no siente nada cuando le sonrío de medio lado, ni cuando sus penetrantes ojos marrones la miran con tanta calidez, ni cuando su culo perfecto se pone ante su visión..., nada de nada, de nada... ¿Nada?

Dedico este libro a todos los amantes de las series *new adult*, entre los que me incluyo.

PARTE 1

PRÓLOGO

El niño corrió tras su madre, incapaz de aceptar que esta los abandonaba a su suerte. Él, inocente, no entendía que una madre que te quiere pudiera hacer lo que esta les había estado haciendo a él y a su hermano desde que los tuvo; pero en la inocencia de este niño estaba el deseo de que su madre lo quisiera. De que se quedara por él.

La estuvo llamando hasta que su padre se volvió y le cruzó la cara, haciendo que su ceja se partiera por la mitad. Del impacto cayó al suelo y observó a su madre implorándole que fuera hacia él. Que lo abrazara fuerte. Que le aliviara el escozor y el miedo de quedarse solo.

Su madre solo lo miró un instante, antes de coger la mano de su padre e irse con él lejos para no volver.

—Yo cuidaré de ti, como siempre —dijo su hermano Kevin acariciando su ceja—. ¿Neill?

—Quiero que regrese mamá.

—No va a hacerlo, y estamos mejor sin ella.

Neill asintió, pero en lo más profundo de su corazón sintió como la pena lo envolvía. A su tierna edad no comprendía por qué no era capaz de hacer que su madre lo quisiera.

Y aunque era pequeño y entre risas y sonrisas todos creían que había olvidado este episodio de su vida, lo cierto era que había marcado su existencia, pues desde entonces no se permitía el lujo de amar, porque subconscientemente pensaba que, si una madre que debe quererte se había ido para siempre sin mirar atrás, nadie podría quererlo.

Nadie era capaz de adivinar que, tras su sonrisa, se escondía un corazón herido que se conformaba con poco y en el fondo lo anhelaba todo.

* * *

Por otro lado, Debbie, de apenas seis años, veía cómo el mundo de su amiga se destruía. Cómo todo cambiaba. Era tal el dolor que podía palpar mientras abrazaba a su amiga Kelly que, cuando regresó a su casa, ya no miró a su madre de la misma forma. Sin darse cuenta de que ese hecho que no le tocaba directamente había cambiado la vida de una inocente criatura.

Y es que la mente de los niños está llena de sueños, de ilusión, de felicidad, pero también de muchos miedos que, si no se expulsan, pueden llegar a condicionar tu vida... y tus decisiones...

Capítulo 1



DEBBIE

Sigo a mi madre a la casa de la fraternidad. Y solo estoy aquí porque se lo prometí. Y por eso no digo nada cuando mi madre, de casi cuarenta años, mira todos los cuartos como si fuera esa adolescente que disfrutó como nadie de la universidad. Tanto es así que parece que se ha quedado anclada en esa época. Para ella una canción de cuna era un grito de guerra de las animadoras, y desde niña mis ánimos para los exámenes tenían siempre un «Vamos, tú puedes» al que no le faltaban los pompones. Pero no sé en qué punto dejaron de hacerme gracia las canciones y los bailes. Yo no me parezco en nada a ella. Debe de ser que se quedó toda la efusividad para ella y no me cedió ni un ápice cuando nací. De hecho, no sé moverme con su gracia, y no digamos lo patosa que soy moviendo pompones; parece más bien que estoy quitando el polvo. Y ni hablar de volteretas. A lo máximo que llegaba en educación física era a dar una voltereta en la colchoneta que nada tenía de elegante.

—¿A que es precioso, Deb?

—No —le digo sincera, y mi madre me mira de manera recriminatoria—. Solo estoy siendo clara, mamá.

—Y yo solo espero que no te cierres en banda. Es tu primer año en la universidad. Toca disfrutar.

Me abraza y sigue revisando la casa. Es la primera vez en muchos años que siento que tenemos algo en común y no quiero perderlo. Como si temiera que ahora que me marchó de casa ya no habrá retorno. Tal vez si vivo en su fraternidad aprenda a conocerla. Aunque en diecinueve años no lo he logrado. O puede que, cuando era pequeña, sí. De mis primeros años solo recuerdo el ir tras mi padre a sus partidos, y los fans de mi padre... Siento un escalofrío. Algunas cosas cuesta olvidarlas, aunque lo intentes.

—¿Usted es Yovanna Smit? —mi madre, emocionada, mira a la joven de unos veinte años que la observa desde la escalera.

—¡Sí! Esa soy yo.

La joven rubia de grandes ojos azules la mira ilusionada, como si acabara de ver a su ídolo, y grita que Yovanna está en la casa. Y es decir eso y cientos de chicas salen a recibirla. Todas del equipo de animadoras, como lo era mi madre, lo sé por sus uniformes. Es una fraternidad de animadoras... Y yo, que voy a estudiar Historia Contemporánea y si muevo un pompón es para alejarlo al máximo de mí, no pinto nada aquí. Me siento fuera de lugar y presiento que me va a costar mucho adaptarme a la universidad. Y, por si esto fuera poco, echo de menos a mis amigas de toda la vida, sobre todo a Kelly.

Se ponen a cantar y a saltar y saco el móvil para contarlos en el grupo de mis amigas, que, como yo, alucinan con esto. Las canciones que creó mi madre siguen siendo un icono para la universidad. De hecho, al mirar hacia el salón veo una foto de mi madre animando. Era, y es, preciosa. Con su pelo rubio y sus grandes ojos verdes. Solo nos parecemos en los ojos verdes. Su cuerpo estaba lleno de curvas bien puestas y el mío parece una carretera nacional mal construida. No es algo que me moleste. No soy fea, mi pelo es más castaño y no mido el metro setenta de mi madre. Mido apenas uno sesenta. Aunque siempre pienso que soy alta, sobre todo cuando voy a comprar al supermercado, donde casi todo el mundo es más bajito que yo. Aunque, como dice mi padre, es porque la mayoría han empezado a encoger. Le gusta meterse conmigo por lo de la altura, cariñosamente, eso sí. Él mide casi un metro noventa y mi hermano pequeño va por el mismo camino. A veces me pregunto si me he equivocado de familia. A mi hermano, por supuesto, le encanta el

fútbol y parece que seguirá los pasos de mi padre. En su época fue uno de los mejores delanteros y capitanes. Llegó a la liga profesional, pero lo dejó todo para heredar la empresa de mi abuelo y cuidar de su familia. Un día me confesó que en verdad todo tiene sus etapas y que la suya como futbolista había pasado. Yo a veces siento que tengo parte de culpa en su decisión. Y, aunque mi padre no ejerce de futbolista, le encanta escaparse a ver partidos y jugar cuando puede con sus antiguos compañeros. Mi madre es como si no hubiera dejado la universidad; su espíritu sigue siendo el de una adolescente. Y eso me asusta un poco. A veces temo que esté tan metida en el pasado que no sea capaz de mirar hacia delante o que cuando mire tome una decisión drástica... Los años pasan y ella es la misma. Algo genial, pero siempre creí que las personas adultas se comportarían como adultas y cada año que pasa su locura se acentúa. A veces me siento la más madura de las dos y eso me hace sentir rara. Tener que decirle a mi madre que guarde la fila y no se cuele, o que no haga el ridículo cuando no es necesario, debería ser algo de sentido común. Es como si cada año que cumple acabara mandando la vergüenza más a paseo y le diera igual todo.

—Ven, Deb, enséñales cómo mueves la cadera.

La muevo como el puñetero culo. Y mi madre lo sabe. ¿Qué hace? La última vez que intenté bailar como una animadora acabé haciendo la croqueta en el suelo del salón y mi hermano se meaba de la risa mientras yo intentaba hacer algo decente.

Todas me miran, y yo espero que se abra la tierra y me saque de esta pesadilla.

—No, gracias.

Sonrío y guardo dentro de mí la rabia. Es mi madre, debería conocerme. Estoy aquí, pero no soy como ella.

—Vamos, ánimo —las demás me miran y me evalúan.

Sé lo que están pensando: «¿De verdad es hija de la maravillosa Yovanna y del capitán del equipo Lisandro?». Sí, lo soy, aunque no lo parezca.

—No —le digo más seria, y parece que lo pilla. Lo peor es que se pone triste.

Me siento fatal; es como si mi madre hubiera esperado que, al entrar en esta casa, que se sabe de memoria y de la que me sé cientos de historias, algunas de ellas que ojalá no conociera, porque no son para niños, yo cambiara de golpe y me pusiera a dar saltitos como si me hubieran metido un

petardo por el culo.

Se van con mi madre al salón y la acribillan a preguntas. Por supuesto, casi todas tienen que ver con mi padre, de cómo se enamoró del capitán del equipo y vivieron una intensa historia de amor y cómo lo dejó todo por irse tras él y se ha dedicado a él todos estos años. La verdad es que las historias de mi madre siempre comienzan desde que conoció a mi padre. Es como si lo anterior no hubiera tenido trascendencia en su vida.

Me sé todo esto de memoria, por eso me marcho a ver el resto de la casa. Es enorme. Un gran salón con una cocina separada por una isleta. Salgo al jardín: la piscina no es muy grande, pero invita a bañarse y con este calor no sería mala idea, pero no lo haré, por supuesto. Ya es demasiado vivir en una casa de mujeres perfectas, como para ponerme a su lado y ver todos estos defectos que nunca me han importado. Es como si, al entrar en esta casa, mi autoestima, por lo general alta, hubiera empezado a descender. No me gusta el camino que está tomando, pero en parte es debido a todos estos cambios y a tener que compartir casa con personas que no son afines a mí.

Pienso en la historia de mis padres. Es cierta. A él le salió un contrato en otra universidad y se fue, y mi madre lo siguió sin pararse a pensar en su carrera. Y dejó los estudios a la mitad. Enseguida se quedó en estado de mí y ya se olvidó de lo que ella quería en la vida. Se pasa el tiempo en casa, dando órdenes a la chica que viene a limpiar, y visitando a las vecinas. Trabaja haciendo encargos de customizaciones de ropa. Le encanta dar su estilo a las prendas y recibe encargos de la gente del barrio para que les dé un toque único. No digo que no sea feliz, pero me pregunto si renunció a demasiado por seguir a mi padre. El amor no debería basarse en que uno de los dos renuncie a sus sueños, sino en que ambos cumplan sus metas y encuentren el camino para poder compaginarlas con la vida. A veces temo que un día sea insoportable el peso...

Por eso tengo claro que no pienso dejar nunca que el amor domine mi vida. Creo en el amor y también sé que hay muchos idiotas que te prometen todo con tal de conseguir algo de ti. Eso lo aprendí a base de besar a un par de sapos; el regusto amargo que me han dejado me sigue dando arcadas cuando los recuerdo. Por eso prefiero hacer como si nada. Es mejor no recordar los errores.

—Hija —mi madre me abraza por detrás—, me voy, pero llámame para contármelo todo. Y cuando digo todo es todo —me da un codazo cómplice.

Sí, mi madre espera que le cuente si me lío con un tío o si me acuesto con él. De hecho, me ha obligado a meter en la maleta varias cajas de preservativos.

—Claro.

—Y, por favor, pasa las pruebas. Es importante para mí que estés aquí.

Es importante para ella porque es como si viviera por segunda vez su paso por la universidad. Asiento y me abraza hasta dejarme sin aire.

—Te quiero, osita.

—¡Mamá! —se ríe y se aleja.

La miro irse y no lo reconoceré, pero la voy a echar de menos. Es la primera vez que voy a vivir sola y, aunque a veces me cansan sus excentricidades o que mi padre hable todo el día de fútbol con mi hermano, los quiero. Pestañeo varias veces para secarme los ojos y evitar que asomen las lágrimas y miro a las que serán mis nuevas compañeras de casa.

—Ven, te enseñaremos dónde dormirás hasta que pases la prueba y te asignemos un cuarto. —Las sigo y me llevan a un dormitorio común con varias candidatas a entrar. Todas me miran y casi todas parecen animadoras, con cuerpos perfectos y sonrisas enormes para impresionar a la capitana, que ni siquiera sé cómo se llama, pero lleva escrito en su camiseta que es capitana. Está claro que no le gusta nada presumir de ello... Mi madre tiene la misma camiseta, claro—. Deja tus cosas en esa cama vacía. —Asiento—. ¿De verdad eres su hija?

—Que yo sepa, sí, pero igual me cambiaron al nacer —le digo con una sonrisa.

Pone mala cara y se marcha. Dejo mis cosas en la cama y me siento algo molesta cuando todas me miran. Me vuelvo hacia ellas con una sonrisa y les respondo lo que todas se están preguntando.

—No, no voy a presentarme a animadora. Para mí animar es como tragarme un clavo ardiendo, así que no os preocupéis, que podéis seguir lamiéndole el culo a la capitana para que os admita en el equipo sin miedo a que la hija de Yovanna sea como ella y os quite el puesto.

Por sus caras sé que no ha sido mi mejor entrada. Que tal vez no consiga amigas. Que soy idiota, vamos. Pero no lo soporto. No soy como mis padres. Y me agobia todo esto. Yo nunca he tenido un solo complejo. Ha sido entrar a esta casa y sentirme inferior por ser como soy, y me veo muy perdida con estos sentimientos que son tan nuevos para mí.

Cojo mi cartera y me marcho de aquí; antes de salir me avisan de que la prueba será esta noche en la fiesta que dan los del equipo de fútbol. Genial. No sé si podré soportar tanta testosterona suelta.

Capítulo 2



DEBBIE

Me tomo una copa en la fiesta de la fraternidad de los integrantes del equipo de fútbol. Espero que no me pregunten quiénes son, porque, salvo que sé que los que llevan la chaqueta azul y blanca son del equipo, no tengo ni idea de sus nombres ni nada.

Tengo a mi lado a varias de las que esperan órdenes. Una de ellas se llama Iona y es maja. Es la única que no se ha quedado perpleja al ver lo que mi madre y yo tenemos en común: el pecho. Aunque a mí, al ser más bajita, no me favorece tanto, pero ahí está mi noventa y cinco de sujetador. Y sin recurrir al relleno. No es que me encante arreglarme para salir, pero me defiendo. Nunca he desentonado con mis verdaderas amigas, a las que hoy echo terriblemente de menos. Están cada una en una fiesta y el grupo de WhatsApp está parado. Nadie dice nada. Me he puesto unos vaqueros y una camiseta negra de tirantes. No llevo tacones, porque soy una orgullosa bajita.

Dejo el vaso vacío en la mesa y me voy a dar una vuelta por la casa rumbo

al jardín. Estoy llegando cuando Lilit, que así se llama la capitana, me detiene.

—Debbie, te estaba buscando. Es hora de que te diga en qué consiste la prueba.

—A ver, sorpréndeme. —No le gusta mi tono y pone mala cara. Sonríe recordando que ellas suponen que me muero por entrar; así se lo dijo mi madre cuando usó sus influencias para que me dieran la oportunidad.

—Es fácil, aunque tal vez a ti te cueste un poco. Te recomiendo que te bajes la camiseta un poco. —Mira mi escote; se adivinan mis pechos, pero no los enseño como ella, que un poco más y muestra hasta el ombligo por arriba.

—No, gracias. Me gusta insinuar, no enseñar —le digo. Y le molesta, porque no es tonta y sabe que me refiero a ella.

—Bien, seguramente falles y todos seremos más felices sin ti. —Espero atenta e ignoro sus palabras—. Tienes que conseguir besar en la boca a cualquiera de los jugadores de fútbol y te aseguro que ninguno se quejará.

—Pues deberían, no son objetos.

—No, pero te aseguro que les encanta ser besados... —Se nota que lo dice por experiencia—. Tienes hasta medianoche y te tiene que haber visto alguna de nosotras.

La miro llena de rabia y pienso en mi madre; y, como si esta lo hubiera adivinado, me envía un whatsapp:

Hola, hija, ¿cómo va la fiesta? Escíbeme cuando estés en tu cuarto y pásalo bien. Te quiero, osita.

Leo el final y odio que me diga eso, pero me llama «osita» desde niña. Ya es algo que no puedo cambiar a estas alturas. Veo su foto de perfil: salimos las dos juntas, ella sonriente y yo con cara de espanto por cómo me cogió de improviso. Pese a eso, le encanta esa foto y la puso enseguida en el WhatsApp. Recuerdo que hago esto por ella. Por sentirme unida a ella, pero no sé si merece la pena el precio.

—Así que los jugadores de fútbol no son objetos... —me vuelvo y veo que hay alguien entre las sombras. Sale a la luz y me cuesta mantenerme impasible ante lo que veo.

No soy de las que se impresionan fácilmente con una cara bonita. Una belleza vacía nunca me dice nada, pero este chico tiene algo. Tal vez sea la sonrisa fácil que veo brillar en sus bonitos y cálidos ojos marrones. O esa ceja

partida que le da un aire de misterio y que, en vez de romper su imagen perfecta, la acentúa. Su pelo es negro y le cae por la frente sin orden. Parece que es de los que se peinan con los dedos y no se pasan horas ante el espejo, y sin embargo luce increíble.

Es muy alto. A mi lado, por supuesto, más. Debe de medir más del metro ochenta. Y se nota que le gusta el deporte, porque su cuerpo bajo esa camiseta negra se ve fibroso. No debería estar devorándolo con la mirada. Y, por su media sonrisa, sabe que le acabo de hacer un chequeo completo.

—No lo son —le digo recordando sus palabras—. Supongo que has escuchado qué prueba esperan que haga.

—Sí, y tiene razón, más de uno te besaría encantado —dice con una voz aterciopelada a la vez que dura—. Pero luego querría aprovechar para meterte mano o llevarte arriba, a su cuarto.

Me sonrojo por su forma de decirlo.

—No soy una chica fácil. Antes les muerdo la lengua. —Sonríe.

—Pues no lo hagas, niégate.

—Ya, claro, eso sería fácil si... —Me insta a hablar—. No te importa.

—Tienes razón, pero siento curiosidad.

Se apoya en la pared y espera a que hable. Debería irme y no contarle nada, pero algo en sus hipnóticos ojos marrones me hace continuar y, sí, lo que he tomado me suelta la lengua. Suelo decir lo que pienso cuando bebo. Por suerte con mis amigas no tenía problema nunca, porque ya sabían todo de mí. Pero cuando había alguien cerca, si no me gustaba, se lo decía a la cara. Y es que peco de ser sincera y con una dosis de alcohol no sé tener filtro.

—Lo hago por mi madre. Ella está deseando que entre en su hermandad. Es la primera vez que estamos tan unidas en diecinueve años... Siento que, si no intento comprenderla una vez más, la vida acabará por separarnos.

Algo en la mirada de este joven cambia. Y lo veo acercarse a mí como si fuera su presa. Me voy hacia atrás mientras él mira hacia la derecha y sonrío cuando ve algo que le gusta. Entonces pasa su mano por mi cuello y me acaricia. Su cercanía me nubla la cabeza. Su perfume embota mis sentidos. Huele de maravilla. Se acerca a mi oído y me habla en un susurro.

—Me debes una —me dice antes de llevar sus labios a los míos.

El beso es inocente. Solo un roce de nuestros labios. Debería pararlo o decirle a mi corazón que deje de latir como un loco. Debería hacer de todo menos abrir la boca y acariciar sus gruesos labios con ella. Eso parece

gustarle, pues hace lo mismo y el beso inocente se descontrola. Nos besamos como si estuviéramos sedientos. Y nuestros cuerpos se buscan como si una fuerza invisible los impulsara. Tengo que detenerlo y por eso me aparto. Me guiña un ojo y se vuelve hacia la derecha.

—Está dentro, ¿no? —le dice el joven, que debe de ser un poco mayor que yo, a Lilit, que no ha perdido detalle del beso y nos mira enrabiada.

—Sí, eso parece.

El joven me acaricia la cintura antes de alejarse y, sin más, se pierde entre la gente. ¿Qué acaba de pasar? No me reconozco. Yo, que para besar a un tío casi le pedía el carnet de identidad y todos sus antecedentes penales, acabo de morrearle con un completo desconocido en medio del pasillo de una fraternidad. Ah, bueno, sé una cosa más. Es del equipo de fútbol, por eso he pasado la prueba. Pero nada más.

—El capitán del equipo de fútbol es mío, pequeña zorra, ni se te ocurra volver a besarlo seas hija de quien seas. Estás dentro, pero no te queremos allí. Tú no eres como tu madre.

Genial, me acabo de besar con el capitán del equipo de fútbol y me he ganado una enemiga dentro de mi casa. Por suerte dudo que dicho capitán y yo nos volvamos a ver. Jugamos en ligas diferentes. Y yo ya he tenido suficientes fiestas de hermandades por un tiempo. Es hora de que me centre en estudiar, que es, al fin y cabo, por lo que estoy aquí. No es que no me guste la fiesta, pero prefiero salir con personas con las que compartir risas, no donde me sienta fuera de lugar.

Me marcho de la casa y miro una vez más hacia atrás. Me muerdo el labio y me enfado por no poder olvidar su sabor y porque su perfume siga impregnado en mi ropa. Recuerdo lo que sentí cuando dejé que me besara... No me reconozco, y esto no se volverá a repetir.

Capítulo 3



NEILL

—¡Otro triple! Tío, tu hermano está que se sale —me dice Oziel, un compañero de fraternidad y defensa del equipo. Es uno de los jugadores con los que mejor me llevo dentro del equipo, junto con el portero Levi.

Asiento mientras doy un trago a mi cerveza. Ser hermano del famoso Kevin Wood, apellido que tomamos por nuestro padre adoptivo, no es fácil, por mucho que adore a mi hermano desde siempre. Desde que Kevin despuntó en el baloncesto, al llevarnos tantos años se esperaba que yo siguiera sus pasos. Cuando me decanté más por el fútbol, no gustó mucho a la prensa de deportes, que esperaba que los dos hermanos nos viéramos las caras en la cancha. Eso vende mucho. Algunos dejaron de hablar cuando me vieron jugar al fútbol y, aunque me han hecho ofertas para ingresar en las canteras de varios equipos de la élite, no he aceptado. Aparte de gustarme el fútbol, soy un friqui de la informática y si acepté ingresar en esta universidad fue porque para mis estudios de informática iba a ser algo muy bueno. Jugar al fútbol está bien,

porque me paga los gastos de la carrera y me permite centrarme en estudiar y no tener que buscar un trabajo para poder costéarmela. Pero aún no he decidido qué camino quiero tomar. El año pasado sí que tenía claro que quería ser futbolista, pero, desde que empezamos los entrenamientos tras ser los campeones de liga y debido a la expectación que causamos por conseguir lo inaudito de dejar de ser un equipo que siempre pierde, las marcas publicitarias nos persiguen y han dado a la universidad mucho dinero para el equipo de fútbol. A nuestro entrenador se le ha subido todo a la cabeza y está empezando a mostrar su verdadera cara. Y no me gusta. La presión que siento jugando me hace no saber si quiero que este sea mi futuro. Por eso quiero sacar la carrera con nota, por lo que pueda pasar.

Me dan una palmada en la espalda cuando Kevin mete un nuevo triple y sonrío. Mi hermano es el mejor, no hay duda. Y las que más lo animan son Allie y su hija de dos años, Petra, que lo miran desde la grada. La niña es igual que su madre, salvo por los ojos verdes de Kevin. Me enamoré de mi sobrina desde que la vi por primera vez, y ella siente lo mismo por mí. La tele las enfoca y la pequeña saluda sonriente, como si lo supiera. Le encanta la cámara. Algo que ha heredado de su madre, que, preciosa, sonrío a su lado.

El partido acaba y entrevistan a mi hermano. Apagan la tele tras su entrevista y me proponen jugar al billar. Vamos hacia la sala de juego, donde quedan los restos de la fiesta de anoche. Ninguno tenemos muchas ganas de limpiar. Mañana vendrán a recogerlo todo.

Al llegar allí, Oziel se ríe al levantar un tanga negro que estaba a los pies de la mesa.

—Alguno estrenó con mucho gusto la mesa —se ríe pícaro—. Yo estrené de nuevo el baño.

—Así estaba de guarro esta mañana... —dice Levi—. Y tú también pillaste, ¿no? —me pregunta, y recuerdo a la misteriosa chica de grandes ojos verdes que parecía estar en el matadero.

—Que yo sepa, no —le digo cogiendo el taco antes de colocar las bolas de billar.

—Pues Lilit estaba que echaba chispas, porque te había visto con una dándote el lote.

—Creo que Lilit debería aceptar que lo nuestro acabó.

—Sabes que no lo va a entender. Su meta es que seáis como la capitana más famosa del campus, Yovanna, y su marido, Lisandro, el mejor capitán

hasta la fecha. Por cierto, su hija está en la universidad este año.

—Pero no es como su madre —dice Marcos, un defensa que no nos cae especialmente bien, pero al que tragamos porque es de nuestro equipo—. Creo que ha sacado lo peor de cada uno de sus progenitores. Ayer estuvo en la fiesta y de ella solo se salvan el buen par de tetas que tiene, el resto, nada.

Se ríe como si lo más importante de una mujer fuera eso. Yo lo encuentro despreciable.

—Me da igual. Además, Lilit ya sabía que nunca querría nada serio. Y ahora, si os habéis cansado de cotillear como putas marujas, ¿podemos empezar la partida?

Oziel se ríe y tira el primero. Vamos por parejas.

Empezamos la partida y, cuando ganamos Levi y yo, Oziel y Marcos se pican y quieren echar otra. Al final acabamos pidiendo pizzas y bebiendo cervezas hasta más de las diez de la noche. Subo a mi cuarto, que es el más grande de todos y con baño propio, y en el que reina un orden que no tiene nada que ver con el del resto de la casa. Algo en lo que tiene que ver Blanca, la que ha sido más una madre para mí que mi propia madre. Si no ordenaba mi cuarto, no paraba hasta que recogía todo. Al final ya lo hago por costumbre. La quiero mucho y sé que Kevin y yo hemos tenido mucha suerte de encontrarlos. Y también Daniel. Él no recuerda nada de lo vivido con nuestros padres verdaderos, esos que lo usaban para pedir dinero, y mejor así, porque a mí me encantaría olvidarlos para siempre. Es una suerte que se topara con mi cuñada, que esta lo siguiera y pudiéramos sacarlo de ese infierno. Lo peor fue que mis padres casi la mataron. Todo quedó en un susto y ahora están donde espero que tarden mucho en salir, en la cárcel.

Adair tiene mucha suerte de que su madre verdadera no fuera como la nuestra. Blanca es todo lo que uno puede soñar que será tu progenitor. Tenemos la mala suerte los cuatro de compartir con Adair un padre horrible.

Nosotros tres, Kevin, Daniel y yo, tenemos la misma madre, que siguió los pasos de nuestro descerebrado padre y no fue como Blanca, que sí antepuso a su hijo a todo y cuidó de Adair desde que nació.

Pero todo esto es ya parte de un pasado que no me gusta recordar.

Reviso los trabajos para esta semana y me tiro en la cama a ver la tele tras cambiarme. Sin quererlo, recuerdo el beso que compartí ayer con esa chica y sé que, si ella no me corta, tal vez lo hubiera intensificado y llevado a más. Besaba bien, muy bien, y a nadie le amarga un dulce; además, desde hace

tiempo sé que lo único que quiero es eso. Podía haber ido a buscar a otra chica para divertirme. Sin embargo, salí al jardín a beber con mis compañeros, sin hacer caso a las atenciones femeninas que se me presentaban. Ignoro por qué.

* * *

Estoy entrenando y viendo las pruebas de animadoras no muy lejos. No veo entre ellas a la chica misteriosa, y en el fondo lo esperaba. No pega con ellas, y no porque no sea guapa, pues tiene unos ojos verdes preciosos y un pelo castaño largo y ondulado cortado a capas que, doy fe, es muy suave al tacto. Y además no está esquelética. No me gustan las chicas que son un palo, prefiero las mujeres que no se pasan media vida a régimen.

Lilit se da cuenta de que estoy mirando y me saluda efusiva. Le devuelvo el saludo con un gesto de la cabeza y me vuelvo para seguir con mi entrenamiento. No sé en qué pensaba cuando me lie con ella, bueno, sí, en que en la cama nos lo pasábamos bien. Uno siempre piensa que cuando le dices a una tía que solo quieres sexo, lo entiende. Y más cuando asiente y te dice que ella también, que ni se le pasa por la cabeza ahora mismo tener novio. Todo mentira. Y somos tan tontos que nos lo creemos, hasta que la verdad nos estalla en la cara, y te regalan un corazón que pone «Te quiero», y te dicen que tienen planes para presentarte a sus padres... Creo que en ese instante se me pusieron los huevos de corbata, y no salí corriendo porque la tenía a ella encima. Pero desde ese momento le dejé las cosas más claras y la ignoré, sabiendo que cuando me decía que lo tenía claro era mentira.

Termino el entrenamiento y miro el móvil: tengo una llamada de mi hermano mayor, Adair. Le devuelvo la llamada al salir del vestuario.

—¿Estabas entrenando? —me dice nada más descolgar.

—Sabes que sí, y si no te acordaras pensaría que tus dotes de detective se están mitigando. —Se ríe.

—Estoy en el bar que hay cerca de tu campus, el bar de Jon. He venido por una investigación. Te espero.

—Bien, voy para allí.

No tardo en llegar y lo veo en la barra tomando una Coca-Cola y unos panchitos. Al verme me sonrío y me da un abrazo. Ahora somos igual de altos y, salvo por los ojos, nos parecemos mucho.

—¿Cómo llevas el segundo año?

—Bien, no me ha dado tiempo a cagarla. —Sonríe, me pido una cerveza y pone mala cara—. ¿Eres consciente de que esto es lo más flojo que bebo?

—No soy tonto, pero eso no quiere decir que me acostumbre a ver como uno de mis hermanos pequeños se emborracha...

—No suelo emborracharme. Sé controlar y no puedo desfasarme mucho cuando tengo que entrenar.

—Ya, claro, he tenido tu edad... A otro con ese cuento.

—Me niego a creer que el serio Adair se haya ido de botellón. —Me tira un panchito. Me encanta picarlo.

—No soy tan serio.

—No desde que tus hijos te llevan por la calle de la amargura.

—Ya serás padre...

—No, eso os lo dejo todo a vosotros. —Se ríe como si supiera algo que yo ignoro.

—Ya hablaremos con más tiempo. Y ahora, dime, ¿te apañas bien con las clases y el deporte? Me he enterado de que os han aumentado los días de entrenamiento.

—Que el año pasado ganáramos ha hecho que este año la presión sea mayor. Hay más patrocinadores y más gente que acude a ver los partidos. Cada vez tienen más afición estas ligas menores, y se nota.

—No te fuerces y si quieres dejar el fútbol...

—Me gusta.

—No puedo evitar preocuparme.

—Kevin pudo con todo.

—Ya lo sé. Estoy siendo un muermo —dice dando un trago a su refresco.

—Total y absoluto. Pero, tranquilo, los que te conocemos ya sabemos que eres así de carca —bromeo, y esto relaja a Adair.

Seguimos hablando hasta que le suena el móvil. Es Laia, para saber si va a ir a cenar.

—Me marcho y, cuando quieras hablar, llámame. Y si quieres me hablas de chicas...

—No quiero hablar de chicas contigo. No te lo tomes a mal, pero te aseguro que sé todo lo que debo saber y, por si te lo preguntas, uso protección.

—Eres imposible —dice, pero en sus ojos no veo reproche.

Lo acompaño a su coche y nos despedimos. Lo veo alejarse y en el fondo

siento un poco de añoranza. Gracias a él, a su madre y a su padrastro, Kevin, Daniel y yo hemos sabido lo que era tener una verdadera familia.

* * *

La fiesta en la fraternidad de las animadoras está en su máximo apogeo. Lilit no para de mirarme mientras bailo con una de las nuevas animadoras que han pasado las pruebas. La saludo y eso la irrita más. Nunca me he arrepentido tanto de estar con alguien, pero esto es algo que no le daré el gusto de saber. Es mejor que la gente no sepa cuánto te molestan las cosas, y no darles pistas de lo que te inquieta o te preocupa. Es preferible mostrar una sonrisa que oculta lo que de verdad piensas, mientras observas la vida a través de ella.

De repente siento unos labios sobre los míos y cómo me meten mano descaradamente.

—Vamos arriba, me he cansado de que me taladren la nuca. —Se refiere a Lilit y, como yo siento lo mismo, asiento y subimos las escaleras hacia los cuartos.

Miro una vez más hacia la sala, como si buscara algo... o más bien a la chica misteriosa. No está y me molesta darme cuenta de que la estoy buscando. Lo que haga con su vida me da igual.

Subimos a la última planta, donde alojan a las nuevas, y nada más doblar la esquina la chica me asalta y me besa como si no existiera un mañana. Besa bien, pero el beso no hace que me abstraiga de todo lo que nos rodea. Me dejo llevar, como siempre buscando por unos instantes algo más. Un atisbo de lo que sería sentirse amado de verdad. Y me pierdo en ello.

Judit, que así es como se llama la chica de esta noche, se aparta y veo que hace un movimiento de caderas mientras, descaradamente, se quita la ropa interior negra y la pone en mi mano.

—Vamos a mi cuarto —me dice, al tiempo que escucho abrirse una puerta. En sus ojos hay una clara promesa.

Alzo la vista y veo que no muy lejos está la chica misteriosa con la que solo compartí un beso. Mira mi mano con la ropa interior y sonrío.

—Intentad no hacer mucho ruido —dice descaradamente, y va hacia su cuarto.

Va vestida con unos *leggings* negros y una sudadera enorme que parece de su antiguo instituto. Lleva el pelo en un moño mal hecho y despeinado y nada

de maquillaje. Sin embargo, no puedo apartar los ojos de ella ni de su culo perfecto cuando entra en el que es su cuarto.

—Debbie es una amargada, una rata de biblioteca. No le hagas caso y haz todo el ruido que quieras.

Judit me mira sugerente y tira de mí hacia su habitación, pero me detengo.

—No tengo ganas. Lo siento. —Y, sin más explicaciones, me marcho.

Me siento como un capullo, pero no tengo deseo alguno de estar con Judit y me enfado con la que ahora sé que se llama Debbie por joderme la noche y enfriarme de esta manera.

Capítulo 4



DEBBIE

Repaso el libro de historia para el trabajo que nos ha mandado Ginebra. Me encanta cómo explica las cosas, al igual que su novio, Conor. O prometido, pues circula por la universidad que se han comprometido hace poco. Son geniales como profesores y se pican entre ellos para ver quién lo hace mejor. Aunque luego siempre acaban dándose un beso en el intercambio de clases.

Se nota que adoran lo que están haciendo y, aunque no seas amante de la historia, acabas por quererla. Por eso quise venir a esta universidad y acepté entrar en la fraternidad.

Conor ha publicado un libro sobre historia antigua desde su punto de vista y hace tiempo fui a una de sus charlas y me encantó su forma de narrar. Sabía por su biografía que daba clases aquí, casualidades del destino, la universidad de mis padres, a la que me había negado a ir. Al final mi madre me prometió pagarme aquí la carrera que había elegido con la condición de que ingresara

en su fraternidad. Pensé en negarme, en buscar un trabajo y no usar el dinero que habían ahorrado para mí todos estos años, pero mi padre me cogió por banda y me dijo que mi madre sería feliz si hacía esto. Que tal vez así podría comprenderla y entenderla un poco más. Y que esta experiencia no solo me haría estudiar la carrera que quería con el profesor que deseaba, sino que podría acercarme más a mi madre ahora que estaba creciendo y que empezaría a tomar caminos lejos de mi casa, donde se encontrarán mis sueños. Lo pensé y supe que tenía razón; acepté y mi madre se volvió loca, más de lo que ya está, como si eso fuera posible.

Tomo apuntes hasta que noto que alguien se sienta a mi lado y me llega su perfume, y aunque no quiera, reconozco ese olor. Me vuelvo y veo al que ahora sé que se llama Neill, mirándome bajo sus gafas de sol. No parece tener buena cara. Noto que mi corazón traicionero da saltitos y mis ojos devoran con la mirada al adonis de pelo oscuro que tengo a mi derecha. Me enfado conmigo misma y me centro en mi libro, al tiempo que recuerdo como lo vi dándose el lote con Judit y como esta le daba sus bragas. Está claro lo que pasó luego, aunque debieron de ser muy silenciosos, pues no escuché nada. Lo creía más pasional, la verdad.

—Me debes una —me dice cerca del oído y me recorre un escalofrío.

—No te debo nada. Me besaste porque te dio la gana, como al parecer besas a todas.

—No a todas, pero sí hago lo que quiero. No tengo que dar explicaciones a nadie.

—Como yo.

—Y no lo decía por el beso. Tómatelo como un regalo.

—Oh, qué gran regalo, me ha besado el capitán del equipo. Eres un poco egocéntrico. —Lo miro y sonrío de medio lado. Se quita las gafas y veo que está cansado.

—Por tu culpa la otra noche se apagó mi fogosidad.

—Y es mi culpa —le digo con una sonrisa incrédula.

—Me miraste como si lo que iba a hacer estuviera mal, me recordaste a mi madre. —Noto que decir «madre» le cuesta.

—Yo no te miré de ninguna manera y, por si no lo sabes, existen unas pastillas mágicas azules que levantan cualquier cosa... Aunque, yo que tú, me lo miraría si tan joven debes usarlas. Tal vez tengas problemas de próstata. — Me mira asombrado y sonrío más. Me sonrojo; no me puedo creer que le haya

dicho eso.

—Te aseguro que no tengo ninguno, pero gracias por tu preocupación. Y sigo diciendo que me debes algo. —Coge mis notas y le quito la libreta—. Como ya suponía, eres muy ordenada. Y necesito tu ayuda. Yo soy un desastre tomando apuntes para los exámenes.

—Pues es tu problema.

—Quiero aprobar la carrera...

—Eres consciente de que por ser capitán te aprueban por el morro, ¿no? —Se tensa; no le gusta este tema.

—No me gusta que me regalen nada. Y no me conformo con sacar un mísero cinco. Prefiero seguir con mi media de sobresaliente en informática. — Me sorprende que tenga esa media y que estudie esa carrera.

—Eres un friqui —sonríó—. No se te nota.

—¿Acaso los informáticos tienen que ser de alguna forma? —me pregunta curioso.

—No, claro..., pero no esperaba que fueras un alumno de matrícula, ni que estudiases informática. No pega con un deportista.

—Ya. Pero yo no soy como el resto —me dice, y me veo perdiéndome en sus ojos marrones—. Y necesito tu ayuda. No te molestaré mucho, pero tengo que pasar a limpio unas notas y necesito que me ayudes.

—¿De verdad?

—Sí. El profesor de este año es un capullo que odia a los del equipo de fútbol y la ha tomado conmigo. Si faltó a alguna clase porque tengo que ir a entrenar, luego no me pasa los apuntes, ni me dice el temario explicado. He cogido apuntes de unos y otros, pero no entiendo su letra. Quiero hacerlo bien. Tú estudias historia, sabes de jeroglíficos —bromea.

—Seguro que a tu profesor alguno de los tuyos le levantó la novia en la universidad.

—Cierto. Como sé que lo hizo tu padre con más de uno, hasta que llegó tu madre.

Lo miro mordaz.

—No, no soy como ellos. ¿Algo más? —Levanta las manos inocente.

—Solo sé de ellos que se liaron y que tu padre era muy bueno jugando al fútbol. Ya está. No me mates por lo que intuyo te ha dicho más de un capullo desde que estás aquí.

Tiene razón, la gente no para de decir que de dónde he salido yo viniendo

de esas dos personas tan guapas. Idiotas. Juro que nunca me ha importado cómo soy, que siempre me he visto genial. Pero escuchar tantas veces la palabra «fea» seguida de mi nombre me está empezando a molestar. Y más tras el cambio tan grande que supone el salir de mi casa, empezar en otro lugar sin conocer a nadie y verme sola. Siento que me pierdo y no sé cómo lidiar con todo.

Por suerte, en la universidad me dejan en paz. Lo malo es en las zonas comunes y en la fraternidad, donde la gente muestra su lado más cruel. Sí es cierto que la universidad no es como el instituto, que todo el mundo va a su rollo, pero en la vida real los idiotas existen y parece que me he topado con cada uno de ellos. Sé que solo necesito tiempo para tener el control de mi vida y que todo me resbale.

—No te importa y no te voy a ayudar. Tengo trabajos que hacer.

—No te voy a robar tu tiempo. —Saca de una carpeta varias notas que, como dice, están hechas un asco—. Esto es lo que he podido recopilar. Si puedes hacer unas notas decentes, genial, si no, pues nada.

Lo llaman al móvil y descuelga. Es su entrenador, lo quiere ya en el campo, y lo sé porque le grita al oído. Neill no pone buena cara.

—Por favor. Te compensaré.

—Hay cientos de pavas que te lo harían sin más ¿Por qué yo?

—No lo sé. —Parece sincero con esa afirmación y eso me pica la curiosidad. Anota su número móvil en una de las notas—. Llámame si lo haces y si no..., escríbeme para recoger este desastre.

Asiento y se marcha. Se da la vuelta antes de perderse de vista y no sé cómo descifrar lo que veo en sus ojos.

Miro las fotocopias de notas que ha recopilado y el libro bajo estas. La verdad es que las notas son una mierda. Algunas no se entienden, pero me fijo en que hablan más o menos de lo mismo. Sé algo de informática porque mi hermano la ama; desde niño ha montado y desmontado ordenadores. Y me ha explicado cientos de cosas de los programas que hacía. Le creó a mi padre su página web y tuve que ayudarle con los códigos html. Siempre he sido muy curiosa y me gusta aprender cosas. Y, como amante de la historia, un día sé que se estudiará la revolución informática en las clases de historia y cómo con el paso de los años los adelantos tecnológicos parece que nos llevan cada vez más cerca de ese futuro que siempre imaginamos con trajes como espaciales de color gris y coches volando por las ciudades.

Solo el tiempo dirá cómo será en verdad el futuro.

* * *

Son las nueve de la mañana y anoche hubo una fiesta en la fraternidad de Neill, así que seguramente esté durmiendo... Por eso cojo mi móvil y lo llamo. Normalmente no soy tan mala, pero con él me sale solo.

—¿Quién es? —Su voz no es de sueño y eso me jode un poco.

—No te he despertado.

—Hola, Debbie. No, hace rato que salí a correr y acabo de llegar a mi cuarto.

—Pues vaya mierda. —Se ríe y acabo por sonreír—. Te llamo para devolverte los apuntes.

—Vale, ¿sabes dónde está la cafetería La Rosa?

—Sí. Todos en el campus la conocen. Dicen que hacen unos capuchinos de caramelo muy ricos.

—Sí, te lo puedo asegurar. Pues te veo allí en media hora.

—Vale, no tardes. Odio esperar.

—Yo también.

Y, sin más, cuelga. Dejo el móvil en la cama y miro mi armario. Opto por un vaquero y una sudadera y, al ponérmelos, dejo de verme como siempre. Me maquillo lo justo y salgo de mi cuarto antes de que los comentarios mordaces sigan haciendo más mella en mí. No debería hacerles caso. No tienen fundamento. El físico de una persona no es lo importante. El problema es que en el fondo siempre he sentido que era la oveja negra de una familia de perfectos. Mi hermano es como Neill, cada año más atractivo, igual que mi padre, que con los años su belleza madura resulta más llamativa. O mi madre, que no envejece. Solo usa cremas para las arrugas, y no tiene apenas. Y se ponga lo que se ponga le queda bien. Y luego estoy yo. Y hasta ahora lo que en verdad sentía no había visto la luz. Es increíble como varios comentarios hirientes al final acaban por hacerte magulladuras donde creías que era imposible herir. Y no tengo con quien hablar de cómo me siento. Mis amigas cada vez están más desaparecidas por las clases.

Llego a la cafetería, veo a Neill al fondo llevando dos cafés a una mesa y me enfada no haber llegado primero y que a las nueve de la mañana parezca salido de un anuncio. Con esos vaqueros que le realzan la figura...

—No llego tarde —le digo, dejando las cosas sobre la mesa.

—No, yo es que suelo llegar siempre antes. Te he pedido un capuchino con caramelo, me pareció entender que tú no lo habías probado.

—Gracias, no te pienso pagar lo que te ha costado. Haberme esperado. —
Sonríe.

—No te lo pensaba pedir. No soy tan tacaño.

—No sé cómo eres. Y me da igual. —Me siento y remuevo el capuchino tras echarle azúcar.

Lo pruebo y se me hace un bigote de espuma de leche que me llega hasta la nariz. Miro a Neill, que también está bebiendo, y no tiene rastro alguno de la crema. Me limpio ante su atenta y divertida mirada.

—Das un poco de asquito, tan perfecto..., sin leche.

—Reconoce que me encuentras irresistible.

—En tus sueños. No eres mi tipo. —Hace como que le he apuñalado el corazón y me mira dolido.

—Me matas.

—Eres tonto. —Sonrío y él hace lo mismo—. No creo que necesites que te suba el ego.

—No, sé que soy irresistible. —Me guiña un ojo y bebe de su café, y esta vez sí se le manchan sus labios perfectos. Y se los limpia con la lengua. Me quedo absorta mirando como los recorre con la punta de esta—. Y también soy muy imperfecto, y no me importa.

—Ya, claro, a nadie le importa serlo. —Neill pone mala cara y, para cambiar de tema, le acerco la carpeta—. Ahí los tienes.

Abre la carpeta curioso y, al ver que he tomado notas y he ordenado el caos, me mira asombrado y sé que en el fondo no esperaba que le ayudara.

—Yo... Gracias. —Lo he dejado sin palabras, y no creo que esto sea común en él—. Pensaba que no lo harías, la verdad.

—Entiendo algo de informática, porque mi hermano desde niño se ha interesado por ella, y por eso no me ha sido muy difícil. Pero, si quieres que te ayude más, yo también quiero un favor.

Neill me mira intrigado y a sus ojos vuelve esa picardía que lo caracteriza.

—¿Un favor sexual? —bromea para picarme, pero juro que mientras lo ha dicho mi piel se ha erizado por su manera de pronunciar esas palabras.

—No seas tonto. —Sonríe de medio lado y sus ojos marrones brillan con intensidad—. Has dicho que has ido a correr... Pues yo quiero tonificar mi

cuerpo. —Se pone serio, y me molesta que sea tan empático.

—¿Por qué?

—Porque sí.

—¿Por qué?

—No te importa.

—¿Por lo que dicen de que no te pareces a tus padres y que pareces sacada de una casa de acogida?

—Eso no lo había escuchado —le digo molesta—. En verdad me da igual lo que me digan —alza las cejas—, me ha dado igual siempre. Vivo en casa de la maravillosa Yovanna y su marido Lisandro, el mejor capitán de la historia de esta ciudad. Nunca me ha importado ser diferente. Pero parece ser que en el fondo...

—No me conoces tanto como para contarme todo esto. —Lo miro extrañada. Neill mira detrás de mí y se acaba el café antes de levantarse—. Te llamo luego, y gracias por los apuntes.

Me vuelvo y veo que tras nosotros se están sentando dos de mi fraternidad, íntimas amigas de Lilit, Larisa y Elba.

Miran a Neill y a mí y lo hacen extrañadas.

—¿Qué hacías con esa, Neill? —Él sonríe y parece un capullo antes incluso de que diga nada.

—Me está ayudando con los apuntes —lo dice de forma que deja claro que soy tan idiota como para hacerle los deberes gratis.

Se ríen. Ya he tenido suficiente. Recojo mis cosas, cruzo por entre medias de ellos y, al pasar al lado de Neill, le pego un pisotón a conciencia, por capullo. No dice nada, y casi mejor. Me molesta que por un momento me haya sentido cómoda con él. No debo olvidar que jugamos en ligas diferentes.

* * *

Ginebra acaba la clase y nos mira sonriente mientras terminamos de tomar notas. Es la última clase por hoy y estoy deseando llegar a mi cuarto y encerrarme en él. Recojo mis cosas y me despido de ella, como hacen todos antes de salir. Es muy cariñosa y se sabe el nombre de todos. Para ella no somos unos alumnos más y se nota que le gusta involucrarse con nosotros.

Salgo y veo a Neill parado enfrente. Al verme viene hacia mí y lo ignoro, como llevo haciendo todo el fin de semana. Me ha estado llamando y

mandando mensajes, que ni he leído. He acabado por apagar el móvil y no lo he vuelto a encender, aunque ya sea lunes. Le dije a mi familia que lo haría en el grupo de WhatsApp, para que no se preocuparan, y que los llamaría hoy.

—Espera.

—No tengo por qué hacerlo.

—No, fui un capullo, pero lo hice por ti.

Me vuelvo y me choco con él; no sabía que estaba tan cerca. Neill, en un acto reflejo, pone sus manos en mi cintura para estabilizarnos y su contacto me lleva al beso que compartimos. A sus manos sobre mi cuerpo, a su perfume... ¡Para! Me aparto y le doy con un dedo acusador en el pecho.

—¿Lo hiciste por mí? ¿De verdad esperas que te crea?

—Esas idiotas iban a usar lo que me dijeras contra ti. ¿Acaso no sabes que todo lo que se dice es cosa de Lilit porque te vio besándote conmigo?

—Me niego a creer que por un beso haya liado esto. Te ha visto besarte con cientos de tías y montártelo con ellas. O eso se dice de ti.

—Es cierto, pero siempre me besan ellas. Yo te besé a ti. Y eso le jodió.

—¿Nunca has ido detrás de una tía?

—No me ha hecho falta —reconoce—. Nunca fui tras Lilit y le jode que siempre que nos enrollábamos ella era la que daba el primer paso.

—Y tú te dejabas llevar.

—Si me apetecía, sí.

—Y no le gustó ver que a mí me besaste tú. Qué bien. Me gané la entrada en la fraternidad, pero también una enemiga a la que le gusta decir mis defectos en alto.

—No tienes defectos. Ninguno. Eres perfecta tal como eres. Ellas hacen mil cosas para ser perfectas. Y tú ya lo eres sin hacer nada, porque eres tú misma. Y eso les jode.

—Sí, claro. Ahora soy una belleza... —le digo algo sonrojada—. Sé cómo soy.

—En ese momento estabas a punto de decirme que nunca te ha importado no ser como tus padres hasta ahora. Que ellas han despertado dentro de ti algo que creías que no existía —me dice adivinando mis palabras—. Si llegan a escuchar que te afectan, que te hacen daño, hubieran sido más crueles. Ser un capullo con ellas era para que Lilit te dejara en paz. Si piensa que solo me aprovecho de ti, dejará de hacer circular esos rumores y las demás, que la siguen como borregos, se callarán. Y tú dijiste que nunca te han afectado. Solo

necesitas tiempo para volver a ser quien eras.

Me sorprende que haya sabido ver todo eso. No esperaba algo así de él y me deja unos segundos sin palabras hasta que me recupero.

—No te voy a dar las gracias. Me da igual lo que digan, pero me molesta que tengas dos caras. No quiero conocer ninguna de las dos. Es mejor que te olvides de mí y yo de ti... No tenemos nada en común.

—Seguramente no, o sí. Ya te he pedido perdón y no voy a ir detrás de ti.

—Qué alivio, pensaba cambiarme de móvil para que dejaras de acosarme.
—Neill me mira dolido y noto que el tema del acoso no le gusta nada—.
Adiós, Neill, y suerte con los apuntes.

Me alejo de él y sé que es lo mejor. Lo peor es que, al pasar los días, los rumores cesan y Lilit me ignora, confirmando así que Neill tenía razón y que, al dejarme mal, ella olvidaría que le vio besándome. Al cabo de quince días sin haberlo visto, me cuesta comprender por qué a mí sí que me besó. Seguramente se aburriría. No tiene otra explicación, aunque es raro que se aburra, porque cuando no está jugando al fútbol y llevando a su equipo a una victoria, está liándose con unas y con otras. Su fama de ligón le precede allá por donde va. Nuestros caminos nunca debieron haberse cruzado. Ahora todo ha vuelto a su curso. Y yo vuelvo a ser quien siempre he sido. Me he empezado a adaptar y, si alguien dice algo de mí, ni lo escucho. Me encanta cómo soy y no voy a cambiar por nadie. Qué gusto da volver a tener el control de tu vida.

Capítulo 5



NEILL

Thew viene hacia mí y nos saludamos con un apretón de manos y un abrazo efusivo. Ha cambiado mucho en estos cinco años sin vernos. Ahora es igual de alto que yo, pese a que le saco tres años. Ya no queda nada en él de ese niño con el que jugaba al fútbol y a las consolas. En sus ojos azules sigue residiendo esa picardía que tenía y, aunque es parecido a su padre —por lo que sabemos, Matt era más calmado—, Thew es un culo inquieto, por eso lleva años viajando y estudiando fuera, viendo mundo y estudiando idiomas en los mejores colegios e institutos. Le salió la oportunidad y, tras meterse en varias peleas en el colegio, sus padres pensaron que sería lo mejor para que se centrara y madurara. Viéndolo ahora, no sé si lo han conseguido.

—Me sorprendió mucho tu llamada —le reconozco.

—Estoy de paso. Luego tengo que volver a estudiar. El internado donde estoy ahora es una mierda. Estoy desando acabar y empezar a estudiar en la universidad. —Observa a un grupo de animadoras que pasan por nuestro lado

y me saludan—. Te prometo que hay lenguas que he aprendido muy bien.

Me río por su forma de decirlo. Se apoya en las gradas y me mira sonriente.

—Sinceramente, pensé que regresarías antes.

—Ya... No lo he pasado tan mal.

Recuerdo la última vez que lo vi. Él tenía doce años y yo quince, y, tras escuchar varios gritos entre él y Nora que no eran como siempre, fui a ver qué pasaba. Siempre se habían llevado a matar, por lo que escucharlos discutir no era raro, pero sí que lo hicieran con esa intensidad. Cuando llegué, Nora lloraba y le golpeaba mientras le decía que lo odiaba entre gritos. Thew la abrazaba y lo que vi en sus ojos, casi a punto del llanto, me hizo alejarme. En ese instante no sé si peleaban o si el saber que se separarían para mucho tiempo les hacía reconocer que en el fondo no podían vivir el uno sin el otro. Por lo que sé no se han vuelto a ver desde entonces y cuando he visto a Nora nunca habla de Thew, ni él de ella.

Nunca he conocido a una pareja más rara.

—Invítame a cenar algo.

—No sé a dónde ir que te dejen entrar —lo pico.

—No seas idiota, aparento más edad de la que tengo.

Es cierto. Parece mayor de diecisiete años, pero sé, por las veces que hablamos, que le molesta que le pidan el carnet y que está deseando tener dieciocho. Llegamos al bar y mis amigos están allí; les presento a Thew y, aunque con algunos se lleva más de cuatro años, al aparentar más nadie lo ve como un menor de edad. Y eso hace que acabe bebiendo un poco de allí y un poco de allá. Ahora mismo está hablando con una animadora que se lo come con los ojos y no le quita la mano de sus fornidos brazos, donde la veo hacer circulitos.

Salgo a la calle a tomar aire fresco. Yo no fumo, pero al salir me encuentro con varias personas que han salido a hacerlo fuera. Me alejo un poco del humo y miro hacia la biblioteca, y sin querer pienso en Debbie. Hace quince días que no nos vemos. Y debería darme igual. Por mi vida han pasado cientos de personas de las que, tras unas pocas palabras, no he vuelto a saber. El problema es que también he tenido varias con las que, tras una charla, he sentido que si se quedaban en mi vida no me importaría.

Estoy tan metido en mis pensamientos que no me doy cuenta de que la veo salir hasta que Debbie se apoya en un coche como si estuviera mareada; le

cuesta levantarse. Corro hacia ella y llego cuando trata de incorporarse. Me mira y, pese a la poca luz anaranjada de las farolas, sé que no está bien. Tiene los ojos vidriosos y la cara muy roja. Le pongo la mano en la frente. Está ardiendo.

—¡Estás enferma! ¡Deberías estar en tu cama, no estudiando!

—Me empecé a encontrar mal y me quedé dormida sobre el libro...

—Tienes que ir al médico.

—Odio a los médicos —su voz está muy ronca. Se nota que tiene un gripazo de miedo.

—Yo te llevo.

—Solo necesito descansar. —La ignoro y la cojo en brazos para llevarla hasta la enfermería, que siempre está de guardia.

Está tan mal que se deja caer sobre mi pecho y pasa sus manos por mi cuello casi sin fuerza. Huele dulce, su colonia es muy frutal y me gusta. No tardo en llegar a la enfermería y, al verla así, me dicen que la pase a la primera sala que hay. Me salgo cuando la examinan; Debbie se ha despertado un poco y responde a las preguntas mientras yo espero fuera para darle intimidad.

Al poco sale con un papel en la mano y me mira con los ojos muy llorosos.

—Tengo que tomar todos estos medicamentos. Tengo gripe y soy muy mala enferma.

Ahora mismo no me parece mala enferma. Me parece adorable. Miro la lista; no muy lejos hay una farmacia. Lo que me preocupa es que, si la dejo en su fraternidad, nadie cuide de ella, y ella no está para cuidarse sola. Y alojarla en mi cuarto está descartado, porque si alguien la ve, eso afectaría a su imagen o pensarían cosas que no son. Y no me fío de ninguno de mis compañeros. Por eso tomo una decisión.

—¿Me puedes esperar aquí un momento? —La llevo hasta unos sofás—. No tardo.

Asiente y me marchó. Voy hacia la farmacia y compro los medicamentos mientras le digo a Thew lo que ha pasado. Este abandona la fiesta y viene conmigo a por mi coche a la fraternidad. Lo cojo y vamos a buscar a Debbie; cuando llegamos está medio dormida y, una vez más, cuando la alzo en brazos no protesta, y tampoco cuando la meto en el asiento trasero del coche y vamos hacia el hotel que el padre de Thew compró hace poco en esta ciudad. Ha sido idea de Thew; la mía era llevarla a uno más económico, pero él ya lo ha

organizado todo para que tengan preparado un cuarto y no haya que pagar nada. No me gusta que me regalen nada, por mucho que mis amigos o mi hermano sean de posibles. Me gusta ganarme lo que tengo, pero por una vez lo dejo pasar, por el bien de Debbie.

Thew se va a su cuarto, que está al lado de este, y me dice que lo llame para cualquier cosa. Me paso toda la noche cuidando a Debbie y la obligo a tomarse una sopa caliente que pido al restaurante. A media noche la fiebre le sube mucho y, asustado, solo se me ocurre hacer lo que Blanca ha hecho conmigo alguna vez: meterla bajo la ducha con agua fría. Me gustaría decir que mientras le quito la ropa y desnudo su cuerpo no me fijo en ello, que soy un caballero y lo hago con cuidado de no mirar mucho... Mentiría. Mis ojos recorren cada parte de ella, de sus perfectas curvas, sin poder evitarlo, y me sorprende su tatuaje en la cadera de unas palomas alzando el vuelo.

Me meto con ella bajo la ducha. Yo no estoy desnudo, pero ella sí, y tenerla así me excita. Me gusta. Es preciosa.

La seco y protesta medio dormida. De estar consciente me ganaría un bofetón y, aunque no puedo dejar de mirar su cuerpo, no la toco de ninguna forma obscena. Aunque lo deseo.

Le pongo un albornoz del hotel y la llevo de vuelta a su cama. Por suerte la ducha ha surtido efecto y le ha bajado la fiebre. El problema es que yo, por el contrario, tras verla desnuda estoy muy, muy caliente. No recuerdo la última vez que alguien me atrajo tanto.

DEBBIE

Me despierto desorientada, y más cuando me encuentro en la habitación de un hotel de lujo y desnuda bajo el albornoz. No puedo evitar gritar y eso me provoca más dolor de cabeza. La puerta del cuarto se abre, aparece Neill y lo recuerdo todo. O casi todo. Sigo sin saber qué hago desnuda.

—¿Por qué estoy aquí y sin ropa? —Neill se va y al poco regresa con una bandeja llena de dulces y café recién hecho—. ¿Neill?

—Tenías mucha fiebre y alguien tenía que cuidar de ti. —Al decirme esto parece azorado—. Y la ropa te la quité para meterte bajo la ducha para que te bajara. Y no te puedo decir que me comporté como un caballero y no miré

mientras lo hacía... Pero sí que no te toqué como deseaba hacerlo.

Me sonrojo hasta la raíz del pelo. Su sinceridad me deja desarmada, tanto lo de que me miró a conciencia como lo de que me deseaba.

—No tenías derecho...

—Ya, pero tenías casi cuarenta de fiebre y tenía pocas opciones. Siento haber sido un cerdo y haberte mirado desnuda más de lo que debería, pero no pude evitarlo. —No parece feliz por esta confesión; me mira y sus ojos marrones parecen sinceros.

—Gracias por cuidarme y es mejor que olvides mi atractivo cuerpo. Aunque sé que será difícil —bromeo para aliviar la tensión. Me siento mucho mejor y sé que Neill se ha pasado la noche cuidándome. Tengo algunos retazos de recuerdos y, por si eso no fuera suficiente, su cara de sueño me lo confirma.

Al menos ha sido sincero, no ha ido de caballeroso y ha dicho la verdad.

—Ahora, desayuna algo, aún no tienes buena cara. Será mejor que comas y sigas durmiendo un poco más.

—¿Y este hotel?

—El dueño es el padre de un amigo. No te preocupes, estamos de prestado.

Me relajo; siendo hermano de quien es, no me extraña que tenga amigos de esta posición social. Desayuno un poco y me tomo un café, pero ni eso consigue quitarme el sueño. Neill entra para darme la medicina y se lleva las cosas. Me toca la frente para ver si tengo fiebre cuando me recuesto y, aunque no debería, me acaricia antes de alejar su mano.

—Estás mejor. Duérmete, yo andaré cerca.

Me duermo y cuando me despierto es ya por la tarde. Me levanto y veo mi ropa lavada y doblada en un sofá, me la pongo y salgo a la sala. Me quedo un poco extrañada cuando veo a un joven muy guapo, rubio y de ojos azules, mirándome. Sonríe y sabe que estoy desconcertada por su presencia, lo que parece hacerle gracia. Se levanta y me tiende una mano, caballeroso.

—Me llamo Thew y soy uno de los mejores amigos de Neill. Ha tenido que salir a entrenar, pero no creo que tarde en llegar.

—Yo soy Debbie y creo que será preferible que me marche. Estoy mejor.

—No se te ve buena cara, tienes una pinta horrible y pareces un camionero con esa voz.

—Gracias por tu sinceridad.

—¿Tienes algo mejor que hacer? Vamos a pedir unas pizzas para cenar y

ver el fútbol, aunque tal vez no te guste...

—Me gusta, pero no creo que deba, ya he molestado suficiente.

—No molestas. Siéntate y te dejo que pongas lo que quieras hasta que empiece el partido.

Me tiende el mando. Parece amable, pero no me engaña. Bajo su apariencia de niño bueno se esconde un depredador. Se le nota en los ojos, y no se me ha pasado por alto cómo me ha mirado de arriba abajo con descaro. Por eso cojo el mando, pero me siento en el sillón, lejos de él. Se ríe, sabe que lo he hecho aposta, pero no dice nada mientras vemos la tele. Pongo un programa de historia para joder y resulta que sabe mucho de eso. Me cuenta que ha estado en las ruinas que se ven en la tele y no me resisto a preguntarle sobre ello. Me acaba cayendo mucho mejor de lo que esperaba, sobre todo cuando se muestra como es y deja de parecer un chulito prepotente que se cree que con su sonrisa lo consigue todo.

Estamos abriendo las pizzas cuando la puerta se abre y aparece Neill con el pelo aún mojado por la ducha. Sonríe al ver las pizzas y me guiña un ojo al ver que estoy en pie. Me sonrojo al recordar que anoche ese casanova me vio desnuda, aunque teniendo en cuenta lo que se dice de él por la universidad, está cansado de ver a mujeres en esa tesitura. No enfermas, sino faltas de ropa.

En estos quince días sin vernos he escuchado muchas cosas de él y he estado más atenta que otras veces, a mi pesar. No ha perdido el tiempo en estas dos semanas; los rumores dicen que en cada fiesta se ha liado con una chica diferente, y hay dos por semana. Me debería dar igual, y me da, por supuesto, es solo que no sé por qué estamos aquí ahora y por qué me ha cuidado como solo lo ha hecho mi familia.

—Veo que estás mejor.

—Sí, mucho mejor.

—Y con una voz horrible —bromea.

—Y a este paso gasta todos los clínex del hotel. —Thew señala la papelera donde los he ido tirando y le doy un cojinazo en la cabeza que le hace reír—. No seas tontita, es lo normal cuando pareces una fuente...

—Dios, eres insufrible, no sé como te he soportado toda la tarde.

—Porque te ha encantado mi inteligencia.

—No te lo creas tanto. No eres tan listo —lo pico.

Nos sentamos a cenar y me enfado cuando la pizza no me sabe a nada, y eso que me encanta.

—¿Y esa cara de acelga? —me pica Thew.

—No me sabe a nada —digo de morros. Neill sonrío y Thew se ríe—. No te rías tanto, rubito, que lo mismo te he pegado mis virus.

Pierde la sonrisa.

—Espero que, si me los has pegado a mí, me respeten el partido de mañana, o el entrenador me cortará los huevos —dice Neill, y aunque parece un comentario casual, tanto Thew como yo notamos que oculta algo.

—¿Qué ha pasado? —pregunto.

—Nada. Es solo que quiere conservar su precioso Mercedes y para eso necesita que los patrocinadores sigan apostando por nosotros y las televisiones por retransmitir nuestros partidos. No sé si me alegra el hecho de que el fútbol de universidades haya pasado a ser tan importante tras el año pasado.

Hago memoria sobre lo que me han contado. Al parecer era el peor equipo de la liga de fútbol entre universidades y entonces empezaron a ganar partido tras partido y a demostrar un nivel que era digno de los campos de fútbol profesionales. Si a esto le sumas Internet, el que subieran los partidos a YouTube y se fuera convirtiendo en algo mediático, cuando llegaron los partidos finales tenían patrocinadores y canales de televisión que retransmitían los encuentros. La gente había empezado a enamorarse del fútbol de jóvenes promesas que luchan con todo para llegar lejos, chicos a los que el dinero no les ciega aún y en cuya mente solo está el ganar y demostrar a todos cuál es su don. La verdad es que, por mi padre, he visto partidos de todas clases y es cierto que los que más he disfrutado han sido los de la universidad. La emoción se palpa en el ambiente. Y ahora esa emoción traspasa pantallas, y todo empezó con un capitán que tenía un sueño y supo motivar. Miro a Neill: él fue la fuerza que este equipo necesitaba. Aunque los malos críticos dicen que todo esto no fue por Neill, sino porque era hermano de Kevin y la prensa lo seguía y lo tuvo fácil. Dudo que haya sido tan fácil, pero es lo malo de ser hermano o hijo de alguien famoso, que siempre, hagas lo que hagas, pareces un segundón.

—Mientras sigas siendo hermano de Kevin, te seguirán —digo como si fuera obvio mientras muerdo mi pizza, y por la cara de ambos sé que he metido la pata—. Lo que quiero decir es que...

—Que solo me siguen por mi hermano. Te he entendido —dice molesto mirando la tele.

—No quiero decir que no seas bueno. He visto tus partidos y lo eres, pero siento que no disfrutas jugando. —Una vez más, los dos me miran—. Mi padre es un amante del fútbol y le daba igual que fuera chica y no me gustara jugar al fútbol, desde pequeña a mi hermano y a mí nos ha atiborrado la cabeza con tácticas y formas de juego. Y tú juegas para demostrar algo, y eres muy bueno. Pero creo que deberías jugar para disfrutar, como en los vídeos que he visto del año pasado. Juegas muy forzado.

Los ojos marrones de Neill me taladran.

—¿Cuánto hace que os conocéis? —pregunta Thew curioso ante mi sinceridad.

—No lo suficiente para que sea tan sincera y mordaz, lo pillo. —Me levanto y recojo mis cosas—. Me marchó, estoy mejor, y gracias por todo. ¿Os debo algo?

—No, todo está bien —dice Thew. Neill sigue mirando el partido de la tele sin decir nada.

Me siento fatal por ser tan bocazas. Siempre me pasa y con los hombres, más, porque me es más fácil comunicarme con ellos. Y, erróneamente, a veces pienso que por eso mismo no les importará que sea bruta. O que diga lo que pienso. Cojo mi chaqueta y me marchó. En el fondo no dejo de desear que me siga. Cuando el ascensor me deja en el *hall* del hotel, camino hacia la puerta y me vuelvo mirando hacia los ascensores, hasta que me doy cuenta de que espero que aparezca, y sigo mi camino aceptando que no lo hará.

Capítulo 6



NEILL

Vamos empatados y el entrenador está bastante cabreado. El campo de los rivales está lleno y también una parte del nuestro, con nuestras animadoras que no paran de bailar y cantar. No dejo de pensar en lo que me dijo Debbie ayer. Miro a Thew, en las gradas, y nos recuerdo a los dos con nuestros amigos, jugando al fútbol desde pequeños. Siempre que podíamos jugábamos, porque nos hacía felices. Éramos felices jugando. El año pasado lo era, y yo pensaba que este año había dejado los problemas fuera y era el mismo de siempre.

Me jodió que ella, que apenas me conoce, que no quiere saber de mí, que ha pasado de mí, haya sabido verlo. Y me he dado cuenta de que tal vez me fuerzo demasiado, no solo por la presión, sino para demostrar quién soy por mí mismo, y no solo por ser el hermano de.

Me pasan el balón y, por un momento, me creo que estoy en el campo de los padres de Thew o en el de cualquiera de nuestros amigos. Solo estamos nosotros, Thew, Erik y yo contra los demás. Y aunque sabíamos que

perderíamos, jugábamos para ganar, haciendo que el perder solo fuera la promesa de que habría revancha y en el siguiente partido cambiarían las tornas. Y, por primera vez en mucho tiempo, juego como entonces. No ganamos, perdemos, y el entrenador se enfada con nosotros. Nos prohíbe las fiestas durante una semana y dobla el entrenamiento y, pese a todo, cuando regreso a mi casa soy feliz. Y entonces la busco como no lo hice ayer.

Me voy a la cafetería donde todo se estropeó y le pido un capuchino con caramelo y un dulce; le hago una foto para mandársela por WhatsApp y, bajo la imagen, le pregunto si acepta mi oferta de paz. Lo lee y no comenta nada, y sé que me lo merezco.

El tiempo pasa y su capuchino y el mío se enfrían. Saludo a algunos compañeros que entran a tomar algo y miro por la ventana cómo cae la noche. Estoy pensando en irme cuando escucho a alguien que se sienta frente a mí. Miro temiendo que no sea ella, pero lo es. Y por su cara no parece feliz de haber cedido a venir.

—Está frío —le digo cuando prueba su capuchino. Toca el mío y sonrío.

—Me has esperado.

—Si no, la oferta de paz no tendría sentido.

—No iba a venir —dice picoteando el dulce.

—¿Por qué? ¿Porque soy idiota?

—Bueno, aparte de eso. Porque yo a veces no sé estar callada.

—Eso no lo veo un defecto.

—Qué raro. No suelo ser borde, pero si pienso algo, lo digo si creo que no es malo...

—Me quedé un poco en *shock* porque tú habías visto algo que yo creía que ocultaba y porque no era consciente de que jugaba para demostrar algo. De hecho, hoy he jugado para pasármelo bien y hemos perdido.

—Pues qué bien, soy la culpable de la derrota de tu equipo.

—No me ha importado perder. Ahora tengo más ganas que antes de ganar, de ser mejor.

—Eres bueno, pero eres Neill Wood y eso no lo cambia nadie, seas hermano de quien seas. —Sigue tomando su capuchino y me mira con sus ojos verdes. Unos ojos verdes que me he fijado que tienen unas motas doradas preciosas—. ¿Qué miras?

—Nada, solo que tenemos que ser amigos. No es posible que me conozcas tan bien y seamos dos extraños.

—Tú lo que quieres es que te ayude con los apuntes.

—Aparte. Y también meterte mano. —Se sonroja y me tira un trozo de tarta —. Aparte de eso, me apetece ser tu amigo. Y empezar de cero.

—No sé si sería posible. Tú y yo no tenemos nada en común.

—Bueno, el fútbol y que yo también haría lo que fuera por contentar a mi familia —le reconozco, y me incomoda hablar de esto.

—En ese caso, quién soy yo para negarme a ser tu amiga. Tenemos tantas cosas en común que parecemos gemelos...

Me río sin poder evitarlo y ella sonrío. Se le marca un hoyuelo adorable y me fijo en sus labios.

—Digo en serio lo de que me encantaría meterte mano, pero sé que tú no me dejarás.

—Eres tonto.

—Yo también digo lo que pienso.

—Ya, pero yo digo la verdad y tú no. Tú solo dices esas cosas porque soy mujer.

—Entonces, según tú, ¿me gustan todas las mujeres de la tierra?

—No, solo las guapas como yo —bromea, y me gusta que se adule. No como cuando Lilit trató de hacerla pequeña.

—Sí, en eso te doy la razón, es ver una chica guapa y me pongo cachondo.

—¡Neill! —me recrimina—. No puedes ir diciendo eso.

Me río sorprendido porque esa palabra la azore tanto.

—Claro que puedo. Eres mayor de edad, ¿no?

—Solo soy un año menor que tú. Y no sé de qué me extraño, con lo que se dice de ti...

—¿Y qué se dice? —le pregunto intrigado dando un trago a mi café ya muy frío.

—Que en los últimos quince días te liaste con cuatro. Una por cada fiesta.

—Poco me parece, mi hombría está decayendo —le digo haciéndome el ofendido—. Me besaron dos y no le seguí el juego a ninguna.

—Estarías enfermo.

—Enfermo me estoy poniendo, creo que me lo has pegado. Y, por cierto, tienes mejor cara.

—¿De verdad te lo he pegado?

—No te preocupes, no creo que vaya a más.

—Espero. Gracias por cuidarme.

—No tienes que dármelas. Entonces..., decías que quieres entrenar, ¿no?

—Sí, pero no por lo que te lo pedí la otra vez. Hace tiempo corría con mi padre por las noches, pero luego él tenía mucho trabajo y lo fuimos dejando. Hace años que no corro y me gustaría retomar esa costumbre, pero soy penosa para ir sola. Al final no hago nada. Solo sería acompañarte, ni te enterarías que estoy a tu lado.

—Dudo que no me enterara, y me parece bien. Pero quiero algo a cambio.

—Que te pase los apuntes a limpio —me dice molesta.

—No, aunque me vendría bien. —Me mira atenta—. Quiero que no hagas caso a lo que se pueda decir si nos hacemos amigos.

—No me preocupa. No eres tan famoso. Y ya soy yo de nuevo, me resbala lo que puedan decirme. Me encanta cómo soy y no voy a cambiar por nadie.

—Genial. Así está mejor. Todo irá bien ahora.

—Mientras no te lances a mis labios y me beses otra vez delante de Lilit. Siempre puedo decirle que me consideras la amiga fea con la que nadie se acuesta y todos dicen que es muy maja.

—No digas eso. No me gusta que pienses así de ti.

—Yo no pienso así de mí. No me veo fea y te aseguro que mis curvas me encantan, ¿sabes lo que me cuesta mantenerlas? —Sonríe—. Ellas creen que, por no tener medidas perfectas y no ser como mi madre, los tíos me ven como la amiga fea. Pero esa gente solo mira la superficie. —Sonríe de nuevo y sé que tiene razón.

Choco su taza con la mía.

—Por la gente que sí sabe ver la verdad y por los idiotas que, al no verla, nos dejan al resto disfrutar de las cosas más bellas de la vida.

DEBBIE

Escucho el timbre de la casa mientras bajo por las escaleras y sé que es Neill. Me ha escrito para decirme que llegaba tarde y que, como no saliera ya, llamaría a la puerta.

—Hola, Neill —le saluda Lilit poniendo esa voz de seductora que deja claro que, si él le deja, se lo come enterito—. ¿Qué haces aquí?

—He quedado con una amiga.

—¿Amiga? ¿Cuál de mis chicas? —Su voz ha cambiado y es mordaz.

Doblo para bajar el último tramo de escaleras y los veo. Neill me ve primero y me señala el reloj. Le saca la lengua. Me lie con un trabajo de clase y pensaba que me daría tiempo, pero no.

—Ah, tú.

—Sí, yo —le digo a Lilit—. Ya sabes eso de que la suerte de la fea la guapa la desea.

—Bueno, pero también que siempre serás la amiga de todos los chicos que otras tendrán.

—Qué gran desastre. ¡Me voy a quedar para vestir santos! —le digo con ironía—. Adiós.

Tiro de Neill y cierro la puerta de la casa. Al salir me mira molesto.

—No me gusta que te desprecies a ti misma de esa manera.

—No me desprecio, solo le digo lo que ella quiere escuchar para que me deje en paz. Y ahora vamos a correr, y no tengas piedad. Aunque no lo parezca tengo muy buena forma.

—Primero vamos a calentar, que tú no has estado entrenando esta tarde.

Calentamos; Neill sabe lo que hace y yo odio calentar, pero sé lo importante que es, por eso le hago caso en todo, hasta cuando estoy harta de estiramientos.

—Bien. ¿Lista?

—Más que lista —le digo sonriente y con mucha energía.

—No te fuerces.

—No, claro que no.

Neill me mira dudoso y empieza a correr. Lo sigo. Voy bien, es fácil. Está chupado...

* * *

... No puedo con mi alma. Me dejo caer al suelo. No puedo más.

—Solo han pasado cinco minutos.

—Mentira, seguro que hace ya una hora —le digo sin voz y con morritos.

—Has aguantado más de lo que esperaba.

—Tonto. —Se sienta a mi lado en la zona de atletismo de la universidad.

Los otros corredores nos pasan; algunos le saludan.

—No pasa nada. Hace tiempo que no haces deporte.

—Antes era más rápida.

—Ya lo volverás a ser.

—Tú puedes seguir con tu entrenamiento, yo voy a por una bebida isotónica a la máquina. —Se levanta y me da la mano para ayudarme.

Me tiemblan los pies y me pone la mano en la cintura mientras vamos a la zona de descanso. Parezco muy pequeña a su lado y su mano me da pequeños masajes reconfortantes. Cuando llegamos casi protesto para que no pare. Mi piel sigue teniendo el resto de sus dedos. No atino a decir nada en concreto por el cansancio.

Me saco una bebida y me siento a ver cómo corre Neill. Se marcha cuando le aseguro que estoy mejor. Ver a Neill correr es una delicia: se nota su forma física y lo hace más rápido que la media. Por eso es tan bueno en el campo de fútbol; su rapidez a la hora de correr le da ventaja contra los defensas. No sé cuánto tiempo ha pasado cuando llega a mi lado y se levanta la camiseta negra para secarse la cara. Ante mí tengo unos abdominales perfectamente marcados cubiertos por un corto vello negro. Trago con dificultad y aparto la mirada.

—Sabes, para que estuviéramos en igualdad de condiciones, yo debería verte desnudo a ti también. —«¿Pero qué estás diciendo, Deb?»

Lo miro y lo veo alzando una ceja divertido.

—¿Quieres verme desnudo?

—No, claro que no, quiero que no seas el único que ha visto desnudo al otro.

—Lo hice por necesidad.

—Ya, claro, pero miraste, y eso ya no era una necesidad.

—Así que quieres verme desnudo...

—Es por la igualdad de condiciones. —Siento que mi lengua no se calla aunque mi cerebro no deja de decirle que pare. Le sonrío y a Neill parece hacerle gracia mi petición.

—Es lo justo. Ven.

—¿Ahora? No creo que... Es decir, que... ¿Ahora?

—Sí, claro, no tengo problema.

—Ah, es verdad, porque te ha visto ya desnudo media universidad.

—No hagas caso de lo que se dice.

—Pero no puedes quitarte la ropa sin más...

—Son vestuarios mixtos y tengo una taquilla con mi ropa por si la necesito. Ya no te veo tan valiente.

—Pienso mirar todo lo que quiera, como tú.

—En el fondo lo haces porque te encanto. He visto cómo me comías con la mirada cuando me has visto los abdominales.

—No te flipes, mi ex estaba mucho más bueno que tú y pude probar su tableta de primera mano.

Es cierto a medias. Mi ex era un capullo integral, pero estaba tan colada por él que no supe ver que solo estaba conmigo por acercarse a mi padre. Y nuestros encuentros sexuales me dejaban siempre fría. Él siempre buscaba su satisfacción y yo pensaba que todo era así.

Cuando lo pillé hablando de mí con su amigo, diciendo que era una tortura estar a mi lado solo por meterse en mi familia, yo vi la realidad y él, mi mano cruzando su cara y diciéndole que nunca más se acercara a mí. No sé quién fue peor de los dos, si él por salir conmigo solo por estar cerca de mi progenitor o yo por creerme sus mentiras.

—Me alegro por ti, espero que no cogieras empacho.

—Lo cogí, resultó ser un sapo.

—Lo siento. Yo nunca he tenido novia —me dice ya dentro de los vestuarios, y me fijo en que no somos los únicos. Hay una chica y un chico más.

Me sonrojo y bajo la mirada mientras vamos al fondo, donde no hay nadie.

—No será que no has tenido oportunidades —le digo cuando llegamos a la zona más alejada. Solo hay una ducha. Neill abre su taquilla y saca una toalla.

—Sí, es posible, pero no he tenido —se quita la camiseta y la deja cerca de mí.

Mis ojos se abren como platos y pienso en apartar la mirada cuando se lleva la mano hasta la goma de sus pantalones deportivos. No lo hago por orgullo. Yo me he metido en esto y, además, él juega con ventaja; hasta ha visto mi tatuaje, ese que me hice junto con Kelly antes de venir a la universidad para representar la libertad. Se baja los pantalones y me quedo muda. Todo su cuerpo es pura fibra. Tiene un cuerpo de infarto.

Mis ojos vagan por sus curvas, se nota que le gusta el deporte y también que sus músculos son naturales, no de pastillas o batidos. Y, sí, está muy bien dotado.

Coge la toalla y se da la vuelta; su culo ocupa mi visión. Y, cómo no, es perfecto. Da asco que sea así, y él lo sabe. Por eso no ha tenido reparos en mostrarme su cuerpo. Me levanto y le dejo intimidad; salgo fuera a esperarlo.

Me lavo un poco la cara antes de salir y me rehago la coleta, recogiendo mi pelo castaño. Me siento donde estaba y aguardo, sintiéndome tonta por lo que le he pedido. Parezco una salida. Yo solo quería no sentirme inferior por el hecho de que él me hubiera visto desnuda, pero ahora, al devorarlo con la mirada, me he visto como el resto de las mujeres que babea solo por su cuerpo bonito. Me pregunto cuántas lo conocen de verdad.

Sale y me mira a la espera de que me levante. No lo hago y tampoco le miro a la cara. Se sienta a mi lado.

—¿Qué te pasa?

—Lo siento, no ha estado bien...

—No le des vueltas.

—Sí las doy. Estás muy bueno, pero no lo hice por verte desnudo. En mi cabeza era la mejor manera de estar empatados por haberme visto desnuda. Pero yo estaba enferma y tú no... No soy como el resto. No eres solo un cuerpo. Eres mi amigo, o lo vas a ser cada vez más, y me he comportado como una salida loca...

—Entendí por qué lo hiciste. Odias sentirte inferior. —Lo miro—. Te voy conociendo. Y, bueno, también reconoce que te morías por verme sin ropa. —Le golpeo y se ríe—. Sé que tú no eres como el resto. Cualquiera otra se hubiera metido en la ducha conmigo y tú has salido corriendo.

—¡Eres imposible!

Me levanto y me abraza por detrás; su cercanía me acelera los latidos, y más al recordar su cuerpo desnudo.

—No pasa nada, Deb, todo está bien. Además, estaba con fiebre.

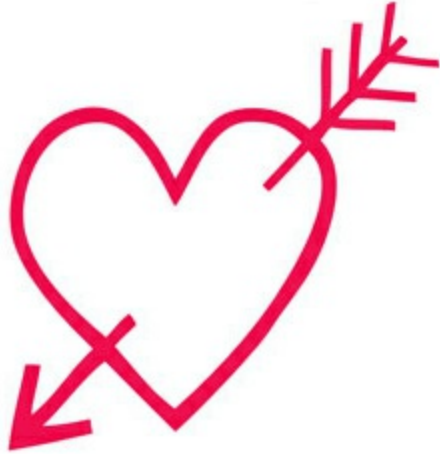
—Mentira.

—No, es cierto. Verte correr y mover tu culito me ha puesto caliente —bromea y le golpeo. Se ríe y corro para perderlo de vista, pero no tarda en alcanzarme—. Me encanta picarte.

—No me he dado cuenta...

Sonríe y toda mi vergüenza se pasa y dejo de sentirme ridícula. Aunque lo peor es que no dejo de ver su perfecto cuerpo en mi mente. Tal vez eso sea lo que más me enfada.

Capítulo 7



DEBBIE

—No quedan entradas.

—No puede ser, necesito por lo menos dos.

—Lo siento, joven, todo está agotado.

Asiento y me alejo de las taquillas. No me puedo creer que estén agotadas. Mi familia viene a pasar el fin de semana conmigo y querían ver el partido. Me pidieron que comprara las entradas y yo pensé que no se agotarían, así que he venido el viernes a por ellas a pocas horas de que lleguen. Ni se me pasó por la cabeza la posibilidad de que todo estuviera lleno, y más desde que han levantado otra grada. Aunque tendría que haber pensado que, si lo han hecho, será por algo... y más siendo amiga del capitán del equipo.

Eso es, ¡Neill! Saco mi móvil de la cazadora y lo llamo. No me lo coge. Necesito que me ayude. Y seguro que puede.

Por eso, tras llamarlo varias veces sin éxito, decido ir a su fraternidad. He

estado ya alguna que otra vez desde que empezamos a entrenar. Sus amigos me saludan como una amiga más y Lilit ya no dice nada. Porque todos notan que entre Neill y yo no hay nada, y ya ha pasado un mes desde que empezamos a entrenar juntos. Ya aguanto casi veinte minutos corriendo y mi forma física ha mejorado, así como mi amistad con Neill. No tengo filtro al hablar con él. Él tampoco, pienso, al recordar cómo me dijo el otro día que el culo se me estaba poniendo duro. Y trató de tocármelo, pero le di un manotazo. Algo que le hizo gracia.

Nos encontramos solo para los entrenamientos. Los fines de semana, entre sus fiestas y los partidos, no nos vemos. Le he estado pasando apuntes; ya conozco a los que se los pasan y alguna vez incluso he ido yo a por ellos. También conozco a todos sus compañeros de casa. Al tocar la puerta me abre Oziel, el defensa.

—Está ocupado —me dice de camino a la cocina.

—¿Ocupado? —Sonríe y sé qué va a decir—. ¿Con una chica?

—Que yo sepa le siguen poniendo las mujeres. —Pongo los ojos en blanco—. Y, sí, cuando llegó tenía una sorpresa en su cama.

—Ah, bien. Pues me voy.

—No te vayas, no creo que tarden mucho en bajar. —Me pasa una bandeja de *muffins* de chocolate—. Están buenos, me los han regalado y son comestibles.

—No sé si fiarme. —Se come uno y me guiña un ojo. Cojo uno y acepto un café cuando me lo ofrece.

Me como el *muffin* pensando en qué hago aquí. No me siento cómoda estando en la cocina de la casa de Neill esperando a que él deje de liarse con una tía. Estoy sopesando la posibilidad de irme cuando escucho unas risas de mujer y la voz de Neill por la escalera. Miro hacia ella y los veo bajar. Neill pierde la sonrisa cuando me ve y me molesta que se quede tan serio, como si le incomodara mi presencia.

—Hola, Debbie —me dice su conquista de hoy, una de las animadoras de mi fraternidad.

Por su cara sé que han hecho algo. No hay que ser muy lista para verlo y no debería afectarme, pero siento una molesta opresión en el pecho.

—Hola.

Le da un beso a Neill en la mejilla antes de irse. Neill viene hacia mí con el mismo gesto serio.

—No he venido a joderte la tarde —le digo a modo de defensa, y parece que es consciente, por primera vez, de cómo me está mirando.

—Lo siento. No te esperaba aquí, pero no me molestas, ya lo sabes.

—Ya, claro.

—¿Qué quieres?

—Sabes que mi familia viene en unas horas. —Asiente—. Pues querían ir al partido y yo...

—¿No has comprado las entradas con tiempo?

—No pensaba que fuerais tan famosos. Bueno, lo sabía, pero pensaba que en el fondo quedarían cuatro entradas.

—¿Vas a venir?

—Era la idea, pero ahora no puedo.

—Te he ofrecido entradas durante todo un mes y siempre te has negado, y ahora me buscas para que te dé las que siempre me pasan por ser capitán. ¿Te comprarías unos pompones y me animarías desde las gradas si te las doy? — Se apoya en la encimera de la cocina y se cruza de brazos divertido. Huele a ella, y pongo mala cara—. ¿Qué pasa?

—No lo haría, no pienso animar por nada del mundo, y menos con pompones. Apesta a perfume barato de mujer y a saber a qué más. No quiero descubrirlo.

Me alejo y Neill tira de mí hacia las escaleras.

—Las tengo arriba. Sígueme o no te las doy.

Lo sigo enfadada. Sostiene la puerta de su cuarto cuando llegamos. Nunca he estado en su cuarto ni él en el mío y, viendo el desastre de cama y el tanga en la almohada, casi preferiría no haberlo visto. Neill se da cuenta y lo recoge todo. No parece tan seguro de sí mismo como siempre. Como si le hubiera pillado en algo que no debería. Lo cual es ridículo. Solo somos amigos.

—Es bonito —digo mirando alrededor. Salvo la cama, lo demás está muy ordenado.

Voy hacia su estantería y me gusta la música y los libros que tiene. Algunos los he leído. Veo uno que no y que quiero. Lo cojo.

—¿Me lo prestas?

—Hoy estás un poco pidona.

—Puede ser. Lo de las entradas no entraba en mis planes. He sido un poco dejada.

—Un poco solo —dice irónico. Neill me tiende las cuatro entradas que

siempre le dan.

—¿No las necesitas?

—No, y me alegra que por una vez vengas a verme.

—Te he visto por la tele algo.

—No es lo mismo. —Es cierto, pero no me apetecía ir al partido sola. Con mi familia es diferente.

—Bueno, pues gracias. Nos vemos el lunes.

—El lunes no puedo quedar. Han ampliado las horas de entrenamiento. Y, como perdamos hoy, será peor.

—Tu entrenador es un sádico, y eso que vais segundos.

—Del segundo nadie se acuerda —dice repitiendo las palabras que sé que le dice su entrenador.

Me acompaña a la puerta y siento que quiere decirme algo, pero al final solo me desea que me lo pase bien. Bajo las escaleras con una sensación rara. Es la primera vez desde que lo conozco que nos siento tan lejos el uno del otro, y eso que al principio nos distanciamos... Esta vez es diferente.

—No lo hagas —me dice Oziel cuando bajo.

—¿Que no haga el qué? —me tiende un *tupper* con *muffins*.

—Enamorarte de él.

—A mí no me gusta nada.

—Ya, y yo soy cura. Solo te digo que tengas cuidado. Tenéis algo muy bonito y Neill es como yo, no dará el paso de tener novia. Y aunque tú creas que solo querrás sexo, a la larga te enamorarás más de él y sufrirás; me pareces una buena tía y los tíos jodidos como nosotros no somos de enamorarnos, porque no sabemos hacerlo. Solo te aviso.

—No me gusta.

—Mejor.

Salgo enfadada con Oziel por sus palabras erróneas. A mí Neill no me gusta nada de nada de nada de nada de nada. Ni un poco.

* * *

—¡Mi osita! —me dice mi madre entrando en mi fraternidad y abrazándome con fuerza en cuanto me ve. Las chicas se ríen; mi madre me ridiculiza con su apodo y con su abrazo de osa. Yo soy su osita por eso, porque desde niña me abraza con fuerza y me come a besos—. Cómo te he

echado de menos.

Me separo un poco y, aunque estoy ahora muerta de vergüenza, lo cierto es que yo también los he echado mucho de menos. Y hoy más que nunca estaba desando que vinieran. Tras mi encuentro con Neill, subí a mi cuarto a leer su libro y vi las frases subrayadas de la novela. Frases preciosas que dicen mucho del Neill que esconde en su interior y poco del que se tira a una tía solo porque estaba en su cama envuelta con un lazo rojo. Cosa que sé porque ella lo ha contado al llegar a la fraternidad, y a Lilit le ha dado igual, tal vez porque sabe, como todas, que solo ha sido un aquí te pillo aquí te mato. Algo sin más. Pero tanta frialdad me ha dejado helada.

Mi padre me abraza y mi madre se va con su club de fans, que la acribillan a preguntas, y ella encantada.

—¿Cómo estás, peque? —Mi padre me mira con sus cálidos ojos azules y lo abrazo yo esta vez—. Sabes que estamos ahí si nos necesitas.

—Lo sé, solo os echo un poco de menos.

—Ya será para menos —dice mi hermano, al que abrazo, pero no como a mis padres. Mi hermano para eso es más reservado, pero en sus ojos azules, como en los de mi padre, veo lo mucho que se alegra de verme, aunque me pique o diga «qué asco» tras el abrazo.

—¿Dónde podemos ir a cenar? Me muero de hambre —dice mi padre.

—Lisandro —lo llama Lilit—. Le comentaba a tu mujer que os podéis quedar aquí a cenar. Nos encantará pasar la velada con vosotros.

Mi madre nos mira ilusionada. Pasar una noche en su amada fraternidad. Me mira suplicante y asiento.

—Si quieres nos vamos —dice mi padre, que se ha dado cuenta de que para mí todo esto no es tan bonito como para mi madre.

—No, así ceno por una vez en el salón.

—¿No comes en el salón?

—¿Con ese atajo de víboras? No, gracias. —Mi padre sonrío.

Como en la universidad. Hacen menús completos por muy poco dinero, y para cenar me suelo comprar un bocata y si tengo mucha hambre me voy a un bar que hay cerca que hace unos platos combinados muy buenos y a muy buen precio.

Mi madre ayuda con la preparación de la cena y se nota que con mis compañeras tiene una complicidad que no tiene conmigo. Yo estoy con mi hermano y mi padre viendo el partido de baloncesto, donde juega Kevin, el

hermano de Neill.

Hemos hablado un poco de las clases y del trabajo de mi padre. Miro a mi madre cuando se ríe de algo que dice Lilit, que no para de adularla. Y siento celos. Por no ser más como la hija que ella deseaba, por sentirme más a gusto entre hombres que entre mujeres. Por ser más feliz leyendo un libro de historia que meneando pompones. Somos tan diferentes... Y dudo que estar aquí nos una. Es cierto que me llama muchas veces, que me pide que le cuente todo, cosa que no hago, claro. Pero no nos siento más cerca que antes. Aunque la eche de menos.

Cuando la cena está lista, se acerca a decírnoslo y besa a mi padre en los labios. Este le sonrío y deja que lo lleve a la cocina. Mi hermano y yo estamos acostumbrados; el resto suspira por el hecho de que tras tantos años y dos hijos se quieran como el primer día. Doy fe de que incluso más. Algo que me gusta, menos cuando los pillo haciendo manitas en el salón.

—Me encanta veros así —dice Lilit amorosa. No parece ella misma. Se nota que finge. Es una falsa—. Yo espero un día tener lo mismo que vosotros con mi capitán.

Aún sigue creyendo que Neill y ella acabarán juntos. Delante de mí Neill le ha parado los pies muchas veces y aun así sigue suspirando por él. No sé como no se cansa de arrastrarse por un tío que está claro que no la quiere. Seguro que si deja de mirar solo en esa dirección encuentra a alguno que la soporte. Aunque yo creo que no le gusta Neill, le gusta lo que representa, ser la novia del capitán del equipo de fútbol.

Cenamos. La comida está buena porque la ha hecho casi toda mi madre y sabe cocinar muy bien. Había echado de menos sus comidas.

Mi madre está en su salsa contándoles todas sus anécdotas de la universidad. Esas que nosotros tres nos sabemos de memoria. Por eso, tras recoger, ellas se van al salón y nosotros a la pequeña salita a ver algo en la tele.

—Son todas iguales, como mamá pero en pequeño —dice mi hermano con cara de asco.

—Ya te gustarán.

—A mí me gustan las mujeres que son únicas. No me gustan los clones.

—Haces bien. Pero la que te busques me tiene que gustar a mí o le haré la vida imposible —le digo para picarlo.

—Pienso hacer lo mismo con el que te guste a ti. El último era un capullo.

—¡Andrew! —le recrimina mi padre.

—Lo era, y reconoce que estuviste tentado de cortarles los huevos.

—¡Andrew! —Mi hermano no se achanta y mi padre niega con la cabeza —. No lo hice, y tú no deberías hablar así.

—Bueno, pero a ninguno os gusta que jueguen con nuestras mujeres ¿no?

—Beso a mi hermano en la mejilla y pone mala cara.

Suena el timbre de la casa y escucho que van a abrir.

—¿Neill? —pregunta Lilit con esa vocecilla—. ¿Qué haces aquí? Seguro que nos echas de menos en la fiesta. Íbamos a ir luego.

—No, no estaba en la fiesta. ¿Está por aquí Deb?

—En la salita, con su padre y su hermano.

—¿Tú eres el capitán? —pregunta mi madre.

«Oh, no», pienso al tiempo que salgo y la veo colgada de Neill y poniéndole ojitos. Al verme alza las cejas.

—¿Sois novios?

—¡Mamá! Es solo un amigo.

—Ya, claro, las Smit tenemos debilidad por los capitanes de fútbol —dice para avergonzarme más. Neill parece divertido.

—Tu hija solo me ve como un entrenador. Solo me quiere para que realce su culo. Es muy injusto —bromea Neill y mi madre se ríe.

—Soy Yovanna y estos son mi marido, Lisandro, y mi hijo, Andrew.

Mi madre le da dos besos a Neill y sigue colgada de su brazo incluso mientras él saluda a mi padre y a mi hermano, que mira divertido la escena.

—¿Qué querías de mi hija? —Todos los presentes están atentos.

—Preguntarle una cosa de los apuntes, que no entiendo su letra. —Muestra la carpeta que lleva bajo el brazo.

—Ah, bien, pues hale, id a hablar de estudios. Pero recordad que la vida es algo más. —Mi madre me guiña un ojo y, cuando la miro, parece megafeliz, como si al ser amiga de Neill estuviera siguiendo sus pasos.

Vamos al jardín y caminamos hacia la zona más alejada, sabiendo que, si no, tendremos cientos de oídos escuchándolo todo.

—¿Qué quieres? Lo de los apuntes es una excusa —le digo.

—Claro que lo es. No se me ocurrió otra para que nos dejaran en paz.

—¿Y no deberías estar de fiesta? Seguro que ya te has repuesto y puedes desenvolver otro regalo. —Noto celos en mi voz y me enfado conmigo misma —. No me parece mal que lo hagas...

—Es solo que no lo entiendes. Que en tu cabeza parezco un cerdo que ve a una tía en pelotas y salta hacia ella.

—No es eso.

—No me mientas. —Me mira con sus preciosos ojos marrones.

—No lo sé, yo solo me he acostado con dos tíos porque me importaban y creí que a ellos también. Nunca me he dejado llevar solo por la pasión. Pero te respeto. Es solo que... No sé. No sé si yo, tras acostarme con alguien, podría decirle «adiós» y «ya está».

—Es solo sexo.

—Ya lo sé. Lo siento, no te juzgo. Soy tu amiga y lo voy a ser siempre —le digo con una sonrisa—. No sé por qué me puse tensa ni por qué lo hiciste tú.

—Yo tampoco lo sé —reconoce—. Entonces, ¿todo está bien entre los dos?

—¿De verdad te importa?

—Mucho —me admite.

—Todo está bien. Y ahora vete a la fiesta y disfruta. Yo seguiré aquí como amiga tuya mañana.

Neill duda, pero asiente. Nos despedimos tras decirle que me voy a quedar un poco fuera, que estoy saturada de animadoras. Sonríe y se marcha, y antes de entrar me mira y me guiña un ojo. «Todo está bien», quiero creer, pero una parte de mí sigue sin estarlo. Y sigo notando ese pellizco molesto en mi pecho. Ignoro por qué. Solo somos amigos.

* * *

Mi hermano y yo nos sentamos tras el banquillo; las entradas que me ha dado Neill son de primera fila. Mis padres se han perdido entre la gente, pues los padres de muchos estudiantes eran compañeros suyos y no han podido sentarse aún. Aunque dudo que mi madre esté mucho tiempo sentada. Le encanta que la gente la reconozca y que le digan lo maravillosa que está. A mi padre le da más igual, pero es amable y, si lo paran, por educación se queda.

—Mamá está disfrutando como una enana. Lo mismo se queda aquí a vivir contigo.

—Déjate —le digo a mi hermano.

—Te echa de menos.

—Tampoco hablábamos mucho.

—Bueno, pero aun así se acuerda mucho de ti y siempre se pregunta si estarás bien. Te quiere mucho.

—Y yo a ella.

—Pues demuéstraselo. Aunque no te lo creas, está deseando ser tu amiga, aparte de tu madre. Yo lo soy con papá y mamá. No sois tan diferentes. Os soporto a las dos.

—Qué gracioso. —Mi hermano sonrío. Lo noto más mayor que otras veces; tal vez sea porque hace tiempo que no lo veo, pero de repente me doy cuenta de que se está haciendo un hombrecito.

Salen los jugadores y entre ellos, Neill. Mira hacia donde estamos y me guiña un ojo; el gesto me gusta. Es la primera vez que vengo a verlo y, aunque no se lo reconozca, estoy emocionada. Mis padres consiguen llegar hasta nosotros y vienen con algo para comer y beber.

Neill da el pase del primer gol y la grada y, cómo no, nosotros, gritamos eufóricos. Mi padre está disfrutando mucho; sé que recuerda cuando él era capitán. El segundo gol es por toda la escuadra y lo marca Neill. Veo que está disfrutando. Algo que he visto más de una vez desde que se lo dije. Acaba el partido y han ganado tres a dos. Creo que, a pesar de que han ganado, el entrenador no estará contento, porque casi les han empatado y al final del segundo tiempo estaban algo cansados y eso lo ha notado el rival, que en menos de cinco minutos les ha metido dos goles. Si el partido llega a durar un poco más, seguramente hubieran perdido, y por eso el entrenador está echando la bronca a cada uno de sus jugadores, y a Neill con más ahínco. No me gusta cómo le habla.

—El entrenador era compañero mío de equipo —dice mi padre—. Era un idiota. No hacía nunca una a derechas, pero siempre iba de listo. Creo que está pagando su impotencia de no llegar lejos con esos chicos.

Neill no tiene buena cara y cuando se va al vestuario los compañeros le dicen que ahora se van de fiesta para celebrarlo; él asiente. «Está claro cómo acabará la celebración», pienso al ver como las animadoras se lo comen con la mirada al quitarse la camiseta.

Salimos y vamos hacia donde han dejado el coche mis padres.

—Bueno, nosotros nos vamos, que nos han invitado a una fiesta —dice mi madre ilusionada.

—¿A una fiesta en una fraternidad?

—¡Sí! —dice saltando como una niña. Se cuelga de mi padre y este se ríe

—. Tú puedes venir, tu hermano se queda en el hotel.

—Paso, me quedo con mi hermano en el hotel.

—Como quieras. —Mi madre mira feliz a mi padre y, cuando nos dejan en la puerta del hotel, vemos como, antes de poner el coche en marcha, se dan un largo beso.

—Qué asco —dice mi hermano—. Creo que para ellos es como si hubieran viajado en el tiempo este fin de semana.

—Ya irás tú a la universidad y te tocará pasar por esto.

—No pienso ir a la misma que fueron ellos. Paso de que vayan a las mismas fiestas que yo. A ti, como eres una sosita, no te importa.

—Es que ir de fiesta con gente que no me cae bien lo veo ridículo, pero cuando vea a mis amigas pienso ponerme al día —le digo ya en el ascensor.

—¿No has hecho amigas? Mira que eres rara.

—En clase de historia hablo un poco con Mateo y Daura. Son muy majos y siempre me dicen que me vaya con ellos a tomar algo..., pero, no sé por qué, no he dado el paso de hacerlo. Ya tengo mis amigas de toda la vida y hablo con ellas por WhatsApp.

—No es lo mismo.

—Estoy aquí para estudiar, no para hacer amigos.

—Tienes a Neill.

—Sí, eso sí, pero nuestra amistad es rara —digo ya en la puerta. Mi hermano la abre y entro en el cuarto que comparte con mis padres.

Me siento en el sofá y cojo el mando de la televisión.

—Es rara porque te gusta.

—No me gusta.

—Bueno, pues eso dices tú. —Ya es el segundo que me lo dice, y me molesta.

—He tenido muchos amigos y no me han gustado todos.

—Ya. Tú misma, pero ten cuidado. Con Ginés empezaste así, acabaste saliendo con él y te salió rana.

—Siempre lo tengo. —Me mira alzando una ceja rubia—. Y más desde lo de mi último ex. Ginés era buen chico, pero no encajamos como novios tanto como siendo amigos.

—Me alegro de que tengas cuidado, pero llegará un momento en el que dejaré de ser un fideo y quien se meta contigo se las verá conmigo.

Su forma de defenderme hace que lo abrace con fuerza y, aunque protesta,

al final él también acaba abrazándome. Lo echo mucho de menos y, por su forma de actuar, sé que él también a mí. Y me encanta, porque, aunque sea mayor para muchas cosas, sigo siendo esa niña que necesita abrazos de oso y mimos de su familia.

Capítulo 8



NEILL

Observo la fiesta mientras juego al billar. Los padres de Deb están no muy lejos, disfrutando como si tuvieran otra vez veinte años. Es cierto que Deb no se parece a ellos, pero yo no la veo fea, como algunos rumorean. Siempre la he encontrado preciosa. Lo malo es que la gente solo ve lo que quiere ver y, por lo visto, esperaban de ella que fuera un clon de su madre. A mí me gusta cómo es Deb y no cambiaría nada de ella, ni del físico ni de cómo es como persona.

—Hola, cariño. —Lilit se me pega a la espalda y la aparto—. Vamos, no seas tonto. ¿Acaso me tengo que poner un lazo y estar desnuda en tu cuarto para que me hagas caso? —Me arrepiento de lo que pasó, no es normal en mí, y que Lilit lo mencione me molesta.

—No, ni aun así. —Me mira dolida—. Lilit, hay cientos de chicos que seguro que se mueren por estar contigo, deja de perder el tiempo conmigo.

—No. Al final te darás cuenta de que estamos hechos el uno para el otro.

Solo debo tener paciencia.

Se marcha y continúo con la partida. Sigo jugando y bebiendo y, cuando me acerco a la barra, una joven preciosa se me tira encima para besarme. La esquivo con una sonrisa y me marchó sin ganas de más. No me apetece, y es raro. Pero es como si ya no me sintiera satisfecho con un encuentro robado que me hace sentir algo en ese instante. Y si me acosté esta tarde con esa chica fue porque llevaba tiempo sin estar con nadie. Desde que besé a Deb, y necesitaba ser el que era. El que era antes de ese beso. Pero está claro que no lo soy. Es como si necesitara más.

Molesto por mi reacción, regreso a mi fraternidad y subo a mi cuarto. Me tiro sobre la cama y miro el techo, inquieto. No sé qué me pasa y, cuando cojo el móvil, pienso en llamar a Deb, pero no lo hago y dejo que el sueño me invada. Tal vez solo necesite dormir, sobre todo tras el partido y la bronca del entrenador. No sé hasta qué punto fue bueno que el año pasado ganáramos la liga y que eso nos hiciera tan visibles. No sé si traté de buscar el éxito por mí o para callar bocas. Pero ahora, sea como sea, gracias a eso no nos dejan en paz.

* * *

Espero a Deb cerca de su casa. Ayer no nos vimos, como le dije, y hoy estoy agobiado, pero tenía ganas de verla y por eso le propuse que si quería podíamos ir a correr un poco. Llega abrigada hasta los topes.

—¿Sabes que ahora mismo empezarás a sudar y te sobraré mucha de esa ropa?

—Lo sé, pero es que hace mucho frío. —Pone morritos y se quita la sudadera para quedarse con una camiseta fina de manga larga. Ya le he advertido que, si suda, no se puede quitar ropa después, porque se enfriaría.

Se pone la sudadera en la cintura y hace estiramientos. La sigo y pronto iniciamos la marcha hacia la zona de atletismo. Llevamos cinco minutos corriendo cuando Deb empieza a hablar. No puede estar mucho tiempo callada. Le dije un día que si corría y hablaba se cansaría más y me dijo que, si no, era muy aburrido. Al final me he acostumbrado a que hable casi sin voz por el esfuerzo.

—¿Qué tal el fin de semana? ¿Desenvolviste más regalos? —me dice alzando las cejas.

—No —se lo digo muy tajante y ella lo nota, por lo que cambio de tema—.
¿Y qué tal tú con tus padres?

—Bien, sobre todo cuando llegaron borrachos al hotel cantando el himno de la universidad. Tuvieron que volver en taxi. Menos mal, porque si no les hubiera soltado el discurso de «si bebes, no conduzcas».

Sonrío. Los padres de Deb me cayeron bien; se ve que son buena gente y que quieren a sus hijos. No como los míos verdaderos.

—¿Y tu familia? Aparte de Kevin no sé mucho de los demás —me pregunta; nadie de aquí lo sabe, pero tampoco me han preguntado.

—Me adoptaron cuando era pequeño. A mí y a Kevin, y luego llegó Daniel.

—No lo sabía.

—El *manager* de Kevin ha hecho lo posible por evitar que trascendiera la noticia.

—No es malo ser adoptado. Seguro que para ti ellos son tus padres.

—Claro que sí. Los quiero mucho y les debemos mucho, pero no es por eso.

—¿Y por qué es? —Me detengo y voy hacia la barandilla. Me apoyo en ella. Deb espera, no dice nada, solo espera que esté preparado para hablarlo o que le diga que no le interesa.

—Mis verdaderos padres están en la cárcel.

Noto que la respiración se me acelera. Han pasado muchos años de esto y no han tenido una buena conducta dentro que redujera su condena. Pensar en cómo secuestraron a mi cuñada y cómo cuidaban a mi hermano pequeño hace que me hierva la sangre.

Deb lo debe de notar, porque entrelaza sus dedos con los míos y apoya su cabeza en mi hombro. No dice nada, no hace falta. Su gesto lo dice todo.

Pasado un rato retomamos la carrera. Ambos lo necesitamos. Sobre todo yo. Tengo que contarle más cosas, pero me da mi tiempo. No me atosiga y eso me sorprende. Que me conozca tan bien.

Terminamos y Debbie se quita la sudadera de la cintura para ponérsela. Y se mira el culo. Me hace gracia.

—¿Qué haces?

—Es que lo veo más alto y parece más duro. —Me río y se lo toco—.
¡Neill!

—Sí que está más duro y más alto. —Sigo riéndome y me pongo de

espaldas—. Te dejo que empates.

Me toca el culo y lo retoca. La miro y me mira sorprendida.

—Está duro como una piedra. —Me vuelve a tocar y carraspeo. Da un paso atrás y se sonroja hasta la raíz del pelo; me río—. Lo siento... He invadido tu espacio.

—No te preocupes. Se notaba que solo lo hacías como mente inquieta. No sé si sentirme molesto de que me tocaras el culo más por tu curiosidad que por su atractivo...

—Tonto. Ya sabes que tienes buen culo... ¡Como yo! —dice dando saltitos moviéndolo, y me río.

La abrazo y a los dos nos sorprende el abrazo. Le revuelvo el pelo y protesta. Corre para golpearme cuando me adelanto unos pasos y, tras hacerlo, caminamos de vuelta a su casa, donde he dejado mi coche.

Al llegar a su casa me mira y duda.

—Di.

—Solo quiero que sepas que estoy aquí y que si algún día quieres hablar de lo que empaña tu mirada, te escucharé encantada.

—Lo sé.

Se alza y me da un beso en la mejilla. Es inocente, pero mi cuerpo reacciona a su contacto como hace tiempo no reaccionaba ante otra mujer.

—Adiós.

—Adiós, culazo. —Se ríe ya de espaldas y se marcha.

Y yo me quedo más tiempo del que debería mirando la puerta por donde ella se ha alejado de mí.

DEBBIE

Voy hacia el pabellón de Neill a por los apuntes de su clase. Me ha escrito para decirme que le han llamado para entrenar y no ha podido asistir a clase. Cuando llego, sus compañeros no llevan nada en las manos.

—¿Qué ha pasado? —le digo a Jorge, el que siempre me deja los apuntes para que los fotocopie.

—Un examen sorpresa. Justo cuando se ha ido Neill, y va a ser el cincuenta por ciento de la nota.

—¿Y puede hacer eso?

—Al parecer, sí. Todos sabemos que lo ha hecho aposta para fastidiar a Neill.

—Gracias.

Llamo a Neill y no me lo coge. Voy hacia el campo de entrenamiento y llego cuando sale de los vestuarios con el móvil en la mano viendo mis llamadas. Me las está devolviendo sin darse cuenta de que voy hacia él. No lo hace hasta que lo llamo y suena a la vez mi teléfono.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta preocupado.

—Ha hecho un examen sorpresa en cuanto te has ido. Y ha dicho que va a valer el cincuenta por ciento de la nota. Lo siento.

—Maldito cabrón.

Neill se marcha corriendo y sé que va a enfrentarse con él. Lo sujeto y me cuesta detenerlo; está rabioso.

—¡Neill, para! Es lo que quiere. —Me pongo delante de él y lo freno—. Busca una solución sin ir a discutir con él. Habla con el rector. Busca su apoyo. No te dejes llevar por la rabia.

Me mira y noto como la furia mana de sus ojos marrones.

—Déjame, Deb, estoy bien, pero necesito estar solo.

Va hacia su coche y lo sigo. Cuando abre me meto tras el volante y me mira desde fuera.

—No estás en condiciones para conducir. Dime dónde quieres que te lleve y estaré calladita. Te lo prometo.

Asiente y se mete en el asiento del copiloto. Me indica a dónde ir y no digo ni una palabra. No lo digo hasta que llegamos a un barrio que se nota que ha conocido épocas mejores y paramos ante una casa antigua reformada que parece un centro de acogida y comedor social. Paro el coche donde me indica y salimos hacia la casa. Es la hora de la comida y en cuanto entramos nos mandan a lavarnos las manos y nos dan unos delantales. Está claro que conocen a Neill y saben que, si ha venido, es para ayudar.

Yo también ayudo con una sonrisa. Y noto como el corazón se me expande. Esta gente no quiere nada más que una sonrisa y un plato de comida. Y tal vez sentirse parte de esa sociedad que los deja de lado. Tras acabar nos dan un plato de comida y comemos con ellos.

No he hablado nada con Neill y no lo hago hasta que salimos a los jardines y nos sentamos a ver como juegan los niños.

—Cuando tengo un problema vengo y me recuerdo a mí mismo que no me puedo quejar.

—Neill, siempre habrá gente peor que tú, y gente mejor. No te sientas malo por quejarte de lo tuyo. No te hace menos humano. Ni te hace menos empático con esta gente y las personas que sufren.

—Solo es una asignatura...

—Te conozco lo suficiente para saber que te importa tu carrera. Y mucho. En el fondo no sabes qué quieres hacer con tu futuro, no sabes si quieres ser futbolista profesional. Por eso te aferras a la carrera. Porque quieres tener un futuro.

Me mira y se queda callado.

—No voy a dejar que ese cabrón me lo arrebate. Voy a pelear por aprobar. Seguro que hará también lo imposible por no aprobarme, como el resto. Y no quiero que me regale nada. Pero tampoco que me joda la vida.

—No esperaba menos de ti, y ahora enséñame a hacer alguno de esos pases mágicos que conoces —le digo yendo hacia el campo de fútbol.

Los niños, al vernos, nos aceptan y, sin haberlo planeado, jugamos con estos pequeños que solo piensan en ser felices y disfrutar, al igual que nosotros. Sabemos que cuando salgamos de esta casa de acogida la realidad nos golpeará a todos.

Capítulo 9



NEILL

Aparco mi coche cerca de la casa de mis padres adoptivos y voy hacia el restaurante, donde supongo que estarán. Al entrar veo a Jorge, que se emociona al verme y deja de atender para venir a darme un abrazo.

—Qué alegría tenerte aquí. Tu madre está dentro.

Asiento y voy hacia la cocina. Al entrar veo a Blanca cocinar sin parar. Me encantaba estar aquí de pequeño, en la mesa que hay en el centro. El olor a comida recién hecha y escuchar a Blanca cantar me reconfortaba, así como su sonrisa cada vez que me miraba. Se vuelve y me ve. Deja lo que está haciendo para venir a abrazarme con fuerza. Tal vez no sea mi madre de verdad, pero siempre me ha querido como si lo fuera.

—Me vas a aplastar.

—Lo dudo, estás duro como una piedra. ¿Te vas a quedar todo el puente?

—Ya te dije que sí. —Voy hacia la cazuela y cojo una cuchara para probar la comida—. Delicioso.

—Pues lávate las manos y siéntate, que te pongo la comida.

—A sus órdenes. Pero, antes, ¿y Daniel?

—Ha salido un momento a comprar unas cosas, no tardará.

Me siento a comer y Daniel regresa enseguida. Al verme se acerca contento. Es muy alegre e igual que Kevin, cada día que pasa, más. Y también igual que nuestro padre, cómo no. Pero ese desgraciado no va a empañarnos más cosas. Mi hermano se sienta a comer conmigo. Me habla sin parar de las clases y me río por su forma de contármelo. Se nota que me ha echado de menos. Tengo que venir más a menudo.

Hoy he venido porque en la universidad han hecho puente. Y necesitaba alejarme de allí. No he conseguido que el rector me apoye; dice que cada profesor tiene sus métodos de trabajo. Lo estuve hablando con Conor y Ginebra y me dieron la razón. No les cae bien mi profesor, pero nada se puede hacer contra eso. Ahora solo me queda sacar un diez en el examen de evaluación o suspenderé la asignatura.

Debbie ha seguido pasándome apuntes y me ha metido notas propias de información que ha encontrado en Internet para ayudarme. No sé qué he hecho para merecer a alguien así. Cuando la besé aquella noche, nunca imaginé que iba a ser tan importante para mí. Ahora me cuesta imaginar la universidad sin ella.

Ayudo a mis padres a recoger y nos servimos tartas y cafés para la sobremesa, ya solos en el restaurante. Son pasadas las cinco cuando me escribe Deb, que se ha ido a pasar estos días con sus padres.

Deb: ¿No me ibas a avisar cuando llegaras? Qué poquito has tardado en olvidarte de mí :P

Sonrío y le escribo.

Neill: Eres fácil de olvidar, qué le vamos hacer.

Deb: Tonto, creo que me deberías pagar por soportarte.

Me hace gracia su comentario y mi sonrisa se acentúa.

Neill: Ya será para menos. Soy tu más mejor amigo.

Deb: No tengo otro en la universidad. Tampoco te creas que eres especial.

Neill: No sé como te soporto, con lo que te gusta tirar a matar.

Deb: Je, je, je, si soy una santa.

Neill: Eso no te lo crees ni tú. ¿Todo bien?

Deb: Sí, de compras con mi madre, no sé si ahorcarme con una percha. He perdido la cuenta de los vestidos que me ha hecho probar, y me ha regalado ya varios.

Neill: No te imagino con vestido.

Deb: Pues he llevado alguna vez, tal vez un día te sorprenda. Cuando me invites a algo que no sea solo correr. Como, por ejemplo, el cine. Tengo mono de ir.

Neill: Habérmelo dicho y hubiéramos ido... cuando pueda escaparme de mi vida.

Deb: Cierto, se me olvidaba que estoy hablando con alguien que tiene la agenda muy apretada. Tranquilo, me buscaré a otro. Si se lo digo a Oziel, seguro que me lleva.

Miro molesto la pantalla; no me apetece que se vaya con mi amigo.

Neill: Sacaré tiempo para ti. Te lo prometo.

Deb: La promesa está guardada, te la recordaré, y ahora te dejo, que mi madre quiere que mire varios sujetadores... En serio, creo que piensa que mi vida sexual no es la de una monja. ¡Me ha metido otra caja de condones en la maleta! ¡Si la otra se va a caducar por falta de uso! ¿Tú lo ves normal?

Me río y le respondo.

Neill: Yo me ofrezco para ayudarte a gastarlos, es por una buena causa.

Deb: Vamos, que te los regale para que te los ahorres. Vas listo.

Neill: Me refería a gastarlos contigo.

Noto que la respiración se me acelera y me entra calor.

Deb: Claro, cómo no se me había ocurrido, cine y luego revolcón en la parte de atrás de tu coche. Qué gran plan.

Ironiza.

Neill: La oferta sigue en pie, es por ayudar a una amiga.

Deb: Bien, la tendré en cuenta. Me voy, piensa un poco en mí... y no en una cama. Sé que soy muy atractiva y no puedes olvidarte de mis encantos, pero mejor imagínate fuera de ella. Soy demasiada mujer para ti.

Sonrío y guardo el móvil tras despedirme de ella. Al levantar la vista veo a Blanca, que mira a su marido alzando las cejas, y a Daniel sonriendo.

—Solo es una amiga.

—Ya, claro, se ha notado por tu cara de tontito —dice Blanca, y los demás se ríen.

—Sois imposibles, me voy a ver si veo a Nora y a Roni.

* * *

He quedado con Nora y Roni en la heladería de Elen. Llego antes que ellas y las espero arriba, en una de las mesas que dan a la cristalera desde donde se ve el lago.

—¡Neill! —me vuelvo y veo a Roni que viene hacia mí.

Está preciosa. Su pelo largo y cobrizo lo lleva a capas por la espalda. Sus ojos verdes relucen. Ya no queda en ella nada de ese niño que fue por error. Las operaciones han sido largas y el tratamiento también, pero ya es, en todos los sentidos, una mujer, hasta en su carnet de identidad.

Siempre ha tenido la cara aniñada y eso hace que casi nadie se imagine que nació con el sexo equivocado. Pero pese a eso todavía hay gente que la mira y, en vez de llamarla por su nombre, dicen: «Mira, la transexual», y yo lo odio. Porque ella es Roni y punto. Da igual cómo naciera o lo que le guste. Nadie debería ser llamado por un adjetivo de forma despectiva. Sea cierto o no. Cada uno tiene derecho a ser nombrado por su propio nombre. Los que no lo hacen son personas que, en su mayoría, no entienden que nadie tiene la culpa de sentir diferente y de sentirse diferente.

Me levanto y nos abrazamos. La he echado de menos. Aunque nos escribimos y hablamos en un grupo donde estamos ella, Nora y yo, no es lo mismo.

—Estoy hambrienta, me he pasado el día estudiando y se me ha olvidado comer.

Algo típico en ella; es una cerebrita, y gracias a ella Nora se centra en sus estudios.

—¿Y Nora? —le pregunto mientras mira la carta.

—Se ha pasado a dejarle una cosa a su nuevo novio. Aún no se ha dado cuenta de que es idiota.

—Esa vena suya tan romántica la va a meter en más de un problema.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —dice, y deja la carta—. Quiero una hamburguesa doble con queso y patatas con queso y beicon.

—¿Y la dieta? —digo para picarla.

—Sabes que no engordo aunque quiera.

—Estás estupenda. —Me sonrío con calidez.

—¿Y tú, qué tal? ¿Sigues en plan picaflor?

—¿Y por qué no iba a ser así? Estoy en la universidad. Ya tendré tiempo de sentar la cabeza.

—Hombres... Os creéis que vivir la vida es acostarse con una y con otra, y no os dais cuenta de que vivir y sentirse completo es acostarte una y otra vez con la mujer elegida.

—¿De verdad que Nora es la romántica? —la pico.

—Bueno, todo se pega. Leo tantas novelas románticas para comentarlas con ella, que ya se me ha pegado. Mira, aquí viene. —Saluda a mi espalda, me vuelvo y ahí está la preciosa Nora.

Aún tiene rasgos de niña, pero sus curvas se van dibujando y ante mí tengo a la joven hermana que siempre supe que sería. De grandes ojos dorados y pelo rubio. Me levanto y me da un abrazo de oso dando saltitos. Siempre fue muy efusiva. Sobre todo cuando empezamos a crecer y dejamos atrás las tonterías de niños y nos hicimos buenos amigos.

—¡Cómo te he extrañado! —Me da cientos de besos por la cara que me hacen torcer el gesto, y se ríe—. Mi Neill. Qué guapo estás.

Me abraza una vez más antes de sentarse al lado de Roni, que también se ríe.

—Yo de ti iría al aseo a quitarte el pintalabios de la cara. —Nora se ríe y me pide perdón. Lleva los labios de un color rosita y ahora parece ser que lo llevo yo todo.

Me voy al servicio y, cuando regreso con la cara limpia, ya han pedido algo para merendar y Roni para comer.

—Tienes buena cara —me dice Nora—. Parece que te cuidan bien por allí, y estás más moreno.

—Entrenamos mucho.

—Y no sirve de nada, este año no estáis tan bien como el pasado —dice sincera Roni.

—Nos están presionando más. El año pasado todo salió solo, pero este parece que tenemos que demostrar constantemente que somos los mejores. Lo pasé mejor la temporada pasada.

—Pues vaya. Siempre puedes mandarlo a la mierda y ser solo un friqui informático —me dice Nora con una sonrisilla.

—Tal vez lo haga y, por cierto, ¿nuevo novio?

Se sonroja.

—Bueno, aún no es formal. Solo le he dejado que me diera un par de besos en la mejilla.

—Y tocarte el culo —apunta Roni.

—Eso fue sin que le diera permiso, y le crucé la cara.

—Deberías dejarlo.

—No, está teniendo mucha paciencia conmigo.

—Ya, porque piensa que así se meterá en tus bragas —dice bruta Roni.

—No es por eso. Tú no lo conoces como yo. —Nora pone morros y Roni los ojos en blanco.

—Yo lo que sé es que ese tío no me cae bien, pero tú misma, luego no digas que no te lo advertí.

Nora mira enfadada el lago y Roni agranda los ojos cuando nos traen la comida. Subo la mano sobre la mesa y cojo la mano de Nora.

—Ten cuidado, ¿vale? —Asiente—. Eres maravillosa y no vas a encontrar al hombre perfecto si fuerzas las cosas. Además, Roni tiene razón, la gran mayoría de los hombres somos unos idiotas. —Sonríe—. Pero yo no, claro.

—Claro, tú no. —Se ríe y vuelve a ser la misma, esa niña sonriente y demasiado empática que se preocupa por todos y que hace tuyas las causas perdidas.

Cuando se fue Thew, se metió junto a Roni en más de una pelea para defender a su amiga. No soporta que se metan con ella y que la gente la señale con el dedo, y aunque Nora es todo dulzura, también es una gata en celo para defender a los suyos.

—¿Y tienes novia? —me pregunta Roni.

—No, no me va tener de eso.

—Ya, eso dicen todos, y luego van cayendo uno tras otro —dice Nora—. Mi padre y sus amigos. Todos se creían libres y cuando les llegó el amor..., zasca. Atrapados. —Nora sonríe—. En verdad es superrromántico y, por cierto, Gonzalo y Holly se casan.

—Gracias, Nora, me hubiera gustado dar la noticia de la boda de mi hermana —dice Roni con una fingida cara de enfado—. Se casan porque Holly se ha quedado embarazada. Piensan que no lo sabemos, pero ha dejado de beber y de comer cientos de cosas. Que yo soy más pequeña, pero no soy tonta. Y mi madre tampoco.

La madre de Roni ya se ha recuperado de su adicción a las drogas; se casó con el padre de Gonzalo y ahora viven con Roni en una casa cerca de la de Nora. Roni prefería vivir allí que con los reyes, como hizo su hermana Holly por ser hija bastarda del rey. Todo ese mundo no era para ella.

—Me alegro mucho por ellos.

Los que se casaron hace poco fueron Jack y Eimi y el hijo de Aiden y Katt les llevó los anillos. O, bueno, en realidad Katt llevó a su pequeño de casi un año y los anillos al altar, para que se los diera a sus tíos. La boda fue retransmitida en directo por cientos de fans que la grabaron con sus móviles. Querían una boda íntima, pero les fue imposible hacerlo y tuvieron que aceptar que mucha gente quisiera ser parte de su felicidad. Por suerte el convite sí fue algo más acogedor.

Seguimos comiendo y hablando de todo un poco. Estamos acabando cuando escuchamos la voz cansina de Erik.

Me vuelvo y lo veo intentando que una joven de su edad, quince años, se aleje de él.

—Ya te lo he dicho, gracias, pero no estoy pensando en tener novia.

—No puedes saberlo si no lo intentas.

—Soy muy listo. Lo sé. Y gracias por los bombones. —Coge la caja de bombones de su mano y se acerca a nosotros.

Pone los ojos en blanco y se deja caer en la silla. Me saluda con una inclinación de cabeza. Solo tiene quince años, pero ya apunta maneras. No sé como las mujeres pueden encontrar atractivo ese gesto tan serio, igualito al de su padre. Sus ojos grises son como los de su madre y en ellos sí se ven calidez y dulzura cuando quiere.

—Te esperábamos. Y, por si no lo sabes, han organizado mañana una megabarbacoa en mi casa.

—No lo sabía. Pero iremos.

—No sé como no estáis todos gordos como vacas con tantas fiestas —dice, y le da un trago al vaso de Nora, que es la que menos ha bebido.

—Se pide permiso, Erik.

—Estoy sediento. Ten un poco de compasión. Toma, te regalo unos bombones.

—Los regalos no se regalan —le dice Nora seria.

—Yo sí los quiero. Me chifla el chocolate —dice Roni cogiendo la caja —. Gracias, Erik.

Erik sonríe de medio lado y le guiña un ojo.

—Ella sí sabe apreciar mis detalles.

—Yo solo lo hago por el chocolate. Por ti, ni agua —le pica Roni, que ya ha abierto la caja y se est  comiendo un par de bombones.

—Lo dicho, no s  dónde lo metes. —Se ríe con la boca llena de chocolate tras mi comentario.

—Da asco. Yo tengo que controlar todo lo que como o soy el doble de Michelin.

—Ya quisiera Michelin tener tu par de tetas —le dice Erik a Nora, y le doy un pellizco.

—No se le habla así a una amiga.

—Lo siento, Nora.

—Te perdono porque me caes bien, pero a veces eres insoportable.

—En el fondo me adoras. —Erik le lanza una de sus miradas seductoras y coge su mano para darle un galante beso—. Pero sigo pensando lo de las peras.

—¡Dios, eres una hormona con patas! —dice Roni. Erik se ríe y yo no puedo evitar hacer lo mismo.

Cómo los he echado de menos.

* * *

Pasamos el día del sábado con los amigos de mi hermano. Kevin y Allie, su mujer, vienen por la tarde y echamos un partido de baloncesto. Juego contra Kevin y nos acaba ganando por uno. Adair va en mi equipo y Daniel en el suyo. Disfruto como antaño; es como si aquí el tiempo no pasara. Pero ha pasado y las personas cambian. Maduramos y, aunque tenemos un nexo único, todo es distinto.

Son cerca de las once cuando salgo al jardín para llamar a Debbie.

—Ni un mensaje, ni llamada. Muy mal, Deb, no piensas en mí. —Se ríe y su risa me hace sonreír.

—Estaba con unas amigas del instituto. Hemos quedado a tomar algo después de cenar. Cómo lo necesitaba.

Me quedo callado. Hasta ahora pensaba que a Deb no le gustaban las fiestas, pero sí le gusta salir, lo que no le gusta es la gente con la que se ha relacionado en la universidad.

—¿Neill?

—Sigo aquí, es solo que no conocía esta faceta tuya.

—¿La de ser una chica normal de diecinueve años? No me van mucho las fiestas, pero no soy una santa. Me he emborrachado dos veces y siempre juro no hacerlo más. Y he salido hasta acabar comiendo churros mientras amanecía. Hay muchas cosas que no sabes de mí.

—Ya veo. Ten cuidado. No digo que no puedas salir, es solo que no quiero que te pase nada y hay mucho idiota suelto.

—Siempre tengo cuidado. ¿Tú vas a salir?

—Seguramente. También tendré cuidado.

—No esperaba menos.

—¿Deb? ¿Entramos? Nos están esperando.

—Sí, ya voy, id entrando —le dice a su amiga—. La fiesta no me disgusta... —me dice, como si hubiera notado mi desconcierto. No porque salga de fiesta, que me encanta, sino porque hasta ahora creía que todo esto no le gustaba, por eso no la dejo acabar y digo lo que pienso.

—Es solo que siento que no has encontrado tu sitio en esa universidad.

—Es posible. Ya lo encontraré y, por cierto, llevo vestido. ¿A que no me imaginabas con uno?

—No, pensaba que los odiabas.

—No me encantan, pero no están mal de vez en cuando. Me marchó. Nos vemos pronto.

—Claro.

Cuelgo y me quedo mirando el móvil. Al poco recibo una foto de Deb con sus amigas y sí, lleva vestido. Parece diferente y, sin embargo, sus ojos relucen como siempre. Me gusta esta Deb también, y acabo sonriendo cuando me manda la segunda, donde muestra sus deportivas en vez de tacones. Eso ya es más propio de la Deb que conozco.

—¿Y esa cara de tonto? —guardo el móvil y miro a Kevin.

—No tengo cara de tonto. Solo sonrío ante una foto graciosa.

—Ya, Daniel dice que ayer hablabas con una nueva novia. Será mejor decir que con la única novia que has tenido.

—No he tenido ni tengo. Solo es una amiga.

—Bueno, tú mismo, pero no te cierres, Neill.

—No me cierro.

Kevin me mira con sus penetrantes ojos verdes como si supiera algo que

yo ignoro. Algo que hace muy a menudo y me pone de los nervios. Sobre todo desde que es padre y parece de repente ser conocedor de un mudo que el resto ignoramos.

—Solo prométeme algo.

—¿Que no me emborrache ni me acueste con nadie? Llegas tarde.

—Que harás lo que te haga feliz, aunque ni tú mismo entiendas por qué.

Lo miro extrañado; no esperaba esto. Asiento sin entender muy bien qué le estoy prometiendo. Siempre hago lo que me hace feliz.

Kevin sonrío y entramos juntos donde están los demás jugando a las películas. Aunque con Adair no se puede jugar. Tiene memoria fotográfica y solo con ver una vez una película, se acuerda de todo, o con Dulce y su hija Summer, que desde niña ha tenido un gusto exquisito por el arte y el cine y es capaz de ver una película tras otra sin cansarse, olvidándose incluso de comer.

Al entrar, es a esta última a la que veo saltar y decir el título adelantándose a Adair. Sonríe y nos mira ilusionada. Tiene trece años, pero cada año que pasa se realza su belleza. Tiene la sonrisa de su madre y los ojos verdes de su padre. El pelo rubio es como el de Laia, no tan claro como el de Dulce. Es como si hubiera cogido lo mejor de los tres.

—Da asco jugar con vosotros —dice Erik molesto levantando la vista de su móvil—. Me marcho.

—Tú no te vas a ningún sitio —le dice su padre mirándolo muy serio.

—He quedado.

—Ya, claro, cuando los cerdos vuelen, y mira por dónde no lo hacen. Así que siéntate, estate callado y disfruta de la velada, porque no vas a ir a ningún sitio.

Erik pone mala cara y, cuando se sienta Summer a su lado, la mira molesto y ella le da un codazo.

—No lo pagues conmigo.

—Estos juegos son de niños —le dice él.

—Siento traerte de vuelta a la realidad, pero por muy mayor que te creas, sigues siendo un niño, Erik —lo pica Summer, y al final Erik pasa de todos y saca su móvil para chatear, seguramente poniendo verdes a todos lo que están aquí.

Me pregunto si yo a su edad era así de inestable. La pubertad da miedo, viéndola una vez la has pasado.

La noche se pasa sin darnos cuenta y, cuando regreso a mi cuarto, escribo a

Deb y le pregunto cómo va. No tarda en responderme.

Deb: Bien, con dolor de cabeza. Creo que nos han puesto garrafón, dan asco.

Neill: Tómate una aspirina y bebe mucha agua.

Deb: ¿Lo dices por experiencia?

Neill: Antes de entrar en la universidad pillé alguna borrachera que otra.

Deb: Yo no estoy borracha, solo cabreada porque nos timen. Me voy a bailar. Lo mismo eso me quita el dolor.

Neill: Genial, mueve ese culazo que tienes.

Deb: Sí... ¿Todo bien?

Neill: Genial. Siempre viene bien estar con la familia. Aunque cuando pasan más de dos días ya estás deseando regresar a tu mundo.

Deb: Je, je, te entiendo, mi madre puede ser muy cargante cuando quiere. Buenas noches, Neill.

Neill: Buenas noches, Deb.

DEBBIE

Guardo el móvil y Kelly me mira con una sonrisilla.

—Llevas toda la noche hablando con él.

—Solo es un amigo.

—Ya, bueno. Eso dices. —Pongo mala cara y me sonrío—. Vamos a bailar.

A ver si se me pasa este mareo.

Asiento y vamos con el resto tras coger nuestros bolsos. Llegamos a la pista y bailo con mis amigas. Parece que todo es como siempre. Como hace solo unos meses, cuando salíamos y disfrutábamos. Pero algo ha cambiado. Ya no somos las mismas y en la cena se ha visto. Había momentos en los que no sabíamos qué decir. Nos quedábamos calladas y al mirarlas las notaba muy lejos. Solo me siento igual con Kelly, pero ella y yo hemos sido amigas desde que nacimos y nuestra unión es diferente. Con el resto siento que la universidad nos está separando. Y aunque río y finjo que me lo estoy pasando genial, en el fondo me siento muy triste.

Se nos hacen las tantas y acabamos comiendo churros sentadas en el parque que solíamos frecuentar, y otra vez se hace un silencio incómodo.

—Lo hemos pasado bien —dice Lara, una de mis amigas.

—Sí, genial —responde Kelly.

Inés y yo asentimos. Y otra vez nos quedamos calladas. Terminamos de comer y nos despedimos. Quedamos en hablar muy pronto y contárnoslo todo, pero siento que cada vez estaremos más lejos. Que seguiremos siendo amigas, pero ya no será lo mismo.

Regreso a casa con Kelly, ya que vivimos muy cerca.

—Esta noche ha sido muy rara —dice adivinando mis pensamientos.

—Mucho.

—Nos despedimos pensando que nada nos separaría y ahora no sabemos cómo ser las que éramos.

—Supongo que en esto consiste madurar. Mis padres apenas tienen contacto con sus amigos de toda la vida.

—El mío tampoco. Lo mismo mi madre sí —dice con dolor. El paso de los años no ha hecho que le duela menos el abandono de su madre. Yo mejor que nadie sé lo mal que lo pasó y el miedo que tuve por vivir algún día lo que ella soportó...

Llegamos a su casa y me mira con una sonrisa. Sus ojos aguamarina relucen. El pelo cobrizo lo lleva suelto y ya está algo despeinado por los bailes. Nos abrazamos y, cuando le digo adiós y me marcho a casa, pienso que ojalá crecer no significara ver alejarse a personas que creías que siempre serían parte de tu vida.

Capítulo 10



DEBBIE

Ginebra ha decidido que su clase la demos fuera, en unas ruinas que no están muy lejos de la universidad. Como tras su hora tenemos otras dos con Conor, este se ha sumado a la idea y juntos nos están dando una clase al aire libre y rodeados de historia. Me apasiona. Se me ponen los pelos de punta al escucharlos hablar de cómo antes estas ruinas, que ahora no nos dicen nada, tenían y albergaban vida. Me encanta mirar las ruinas, cerrar los ojos e imaginar cómo era la vida antes de nosotros. Siempre me ha gustado saber de dónde venimos; es parte de lo que somos ahora.

Para poder mirar hacia delante tenemos que conocer el pasado sobre el que nos sostenemos. Es parte de cómo hemos ido cambiando como hombres y mujeres. Lo que se ha luchado para llegar a tener una mente cada vez más abierta, más igualitaria. Sé que queda mucho por hacer y que un día nosotros seremos parte de esa historia que sigue llenando páginas de libros, para contarla a los que vendrán; y lo que más me inquieta siempre es que, si sabes mirar bien un objeto antiguo, puedes percibir en él parte del alma de su

creador.

A veces pongo mi mano sobre las ruinas; no siento nada, pero me imagino que hace muchos años otra persona puso su mano en ese mismo lugar, sin imaginar que pasado tanto tiempo yo lo haría.

Escucho la clase con atención y tomo notas. Al acabar nos dejan que inspeccionemos por nuestra cuenta. Hago cientos de fotos y le mando a Neill una de unos antiguos baños. Y no tarda en responderme.

Neill: ¿Unos baños? ¿No estarás recordando cuando me viste en las duchas?

Deb: No seas tonto. Ese momento de mi vida está más que olvidado. No eres para tanto.

Falso y más que falso. Si he de ser sincera, alguna noche he acabado soñando con Neill sin ropa y yo acariciando su cincelado cuerpo. Me he despertado antes de que pasara nada más, pero ser consciente de por dónde van mis sueños me molesta.

Neill: Al final vas a hundir mi hombría.

Deb: Ya será menos. Te la levantan en cada fiesta... Por cierto, ¿tienes planes esta noche?

Neill: Hay una fiesta, pero si me propones algo mejor, lo dejo por ti.

Deb: No quiero que dejes nada por mí. Ya nos veremos. Aunque últimamente no tienes tiempo para nada.

Hace cuatro días que regresamos de nuestro viaje con las familias y no nos hemos visto. He salido a correr sola, porque ahora que he empezado con el ejercicio no lo quiero dejar. Neill está centrado en sus estudios y en el entrenamiento. No sé cómo puede con todo. «Aunque sí tiene tiempo para salir de fiesta», pienso. Me molesta un poco que tenga tiempo para salir con los amigos y no haya hecho un hueco para verme.

Neill: No, no lo tengo y es algo que me molesta. ¿Todo bien?

Deb: Genial, están hablando unos compañeros de ir a tomar unas cervezas y por una vez voy a decir que sí. Es hora de que no me encierre en mí misma y haga nuevos amigos. Nos vemos. Pásalo bien.

Me acerco a Mateo y Daura y les digo que me iré con ellos a tomar esas copas. Mateo me abraza eufórico, como si fuéramos amigos de toda la vida y

acabara de regresar a casa. Solo nos hemos visto en clase y alguna vez, en la cafetería, he comido con ellos dos. La verdad es que me caen muy bien y no sé por qué he retrasado tanto el decirles que me uniré a sus fiestas.

Son amigos de toda la vida. Y, como me dijo Daura, serían novios de no sentirse ambos atraídos por los hombres.

Mateo es moreno, de ojos azules, y no se calla lo que piensa, como Daura, que no se calla ni debajo del agua. Son tal para cual. Y más cuando Mateo coge confianza y, como hoy, acaba haciendo cosas espontáneas como abrazarte sin más.

No sé por qué me he cerrado en banda a conocerlos más. Tal vez porque en el fondo sentía que al hacerlo estaba suplantando a mis amigas de instituto y colegio. Las echaba mucho de menos y este fin de semana con ellas nos vino genial, pero también me hizo ver cómo es ahora la realidad. Somos las mismas, pero diferentes. Cada una ahora tiene preocupaciones distintas y nuevos amigos. Está claro que siempre estaremos ahí, que seremos amigas para cuando nos necesitemos, pero la vida nos está llevando por caminos separados y es hora de que empiece a aceptar que todo es diferente y que hacer nuevos amigos es algo normal. Con Neill no me va mal, el problema es que a veces siento que es solo un amigo de prestado, y más hoy.

* * *

—¿A dónde vas así vestida? —Miro a Lilit, que va con una minifalda y se está dando pintalabios rojo en los morros. Yo llevo un vestido sencillo azul marino y unas botas. Nada comparado con su minifalda y sus tacones de doce centímetros.

—¿Te importa? —le digo con chulería.

—No me importa, pero si piensas que vas guapa, te equivocas.

—Suerte que me importe una mierda qué piensas tú. Y para mi gusto, voy genial.

—Eso es porque no tienes sentido del gusto.

—Tú tampoco. Parece que vas a una esquina más que a una fiesta.

Me debería haber callado. Puede vestir como le dé la gana, lo sé, pero me tiene harta. En ese momento se lanza contra mí y la detengo, pero me gana un pequeño arañazo en la cara.

—No te soporto.

—Ya somos dos.

Nos miramos retadoras y me deja ir. Me marchó y me limpio la cara por el camino. No soporto estar en esta casa; si no fuera por mi madre, no viviría aquí. Llego al *pub* donde he quedado con Mateo y Daura y dejo mis cosas para ir a lavarme y verme lo que me ha hecho.

—¿Qué te ha pasado? —me pregunta Daura al ver el pañuelo con sangre.

—Una gata con uñas afiladas. Ahora vengo.

Voy al servicio y, aunque ha salido sangre, el corte no es profundo. Me lo lavo y salgo de nuevo donde están mis compañeros.

—Si por gata te refieres a una mujer, solo conozco a una lo suficientemente dañina: Lilit —dice Mateo.

—Exacto.

—No sé como soportas vivir en esa casa. Y menos al no ser parte del flamante equipo de animadoras —dice Daura con ironía.

—Por mi madre.

—Ya, bueno, tu madre fue animadora. Ella ha vivido la universidad a su manera. Tú debes hacer lo mismo.

—Mi abuela también fue animadora —les confieso. Esto es algo que no digo mucho; mi abuela le pasó a mi madre ese afán de animar y mi madre no lo ha logrado conmigo, cosa que a mi abuela no le hace gracia.

—Da igual. Cada uno hace lo que quiere con su vida... Y ahora vamos a comer algo y a beber unas cervezas. A la primera ronda invito yo —dice Mateo, y se va hacia la barra a pedir.

Al poco llega con una bandeja de patatas fritas y otra de montaditos varios. El camarero le acerca las cervezas.

—Si os quedáis con hambre, ahora pedimos algo más.

Asiento y doy un trago a mi cerveza. Está muy fría, como a mí me gusta.

Me tomo los montaditos con ellos y a la tercera cerveza me río de todo lo que dicen, aunque por la música tan alta a veces ni los entienda. Me lo estoy pasando bien. Casi tan bien como cuando salía con mis amigas. Es raro disfrutar de la fiesta con personas que casi no conoces, con las que no compartes amores, desamores y primeras lágrimas por tonterías. Supongo que esto es madurar. Aprender a amoldarte y sonreír con nuevas personas que serán cómplices de tus nuevas anécdotas.

—¡Dios, creo que acabo de tener un orgasmo! —Eso sí lo he escuchado alto y claro.

—¡Mateo, eres un cerdo!

—Eso ya lo sabes tú, pero cuando mires hacia la puerta a ti también te va a pasar lo mismo. —Daura mira hacia la puerta y se pone roja. Los ojos le brillan y Mateo se ríe de ella—. Está buenísimo. El mejor capitán que ha tenido esta universidad.

Me vuelvo de golpe y veo a Neill, que parece estar buscando a alguien. No tiene buena cara y lleva el móvil en la mano. Y, aunque me moleste reconocerlo, está tan bueno como dicen estos dos. Con esos vaqueros, esa camiseta blanca y esa chupa de cuero... Varias personas le saludan y él les devuelve el gesto, pero sigue andando y buscando a alguien. Y entonces me ve y sé que me busca a mí, por su forma de entrelazar su mirada de ojos marrones con la mía. No parece muy contento. A saber qué mosca le ha picado ahora.

—¡Viene hacia aquí! —chilla Mateo—. ¿Estoy buenísimo?

—Lo estás, pero a Neill le gustan las mujeres.

—Es un pequeño detalle sin importancia —le responde él—. Y tú no saques tanto pecho, a ver si le vas a sacar un ojo —le dice a Daura.

—Hola —me dice Neill cuando llega a mi lado—. ¿Se te ha perdido el móvil o has decidido apagarlo para fastidiar?

—Creo que lo segundo. No creía que nadie me fuera a necesitar.

—¿Lo conoces? —me pregunta un incrédulo Mateo.

—Entrenamos juntos...

—Somos amigos. Y de los buenos, por eso sabía que estaba enfadada y llevo desde que acabé el entrenamiento buscándola. —Me sorprende esa respuesta, y más cuando se sienta a mi lado y pasa la mano por encima de la mesa para presentarse a Mateo—. Neill.

—Mateo —dice el aludido estrechándole la mano. Para saludar a Daura le da dos besos.

—Daura, encantada. Aunque ya sabíamos quién eres tú.

—Espero que lo que se dice de mí sea bueno —dice Neill con una de sus medias sonrisas, y Daura se olvida de respirar, y Mateo otro tanto—. Voy a pedirte algo para cenar, estoy muerto de hambre.

—¿Te vas a quedar? Pensé que tenías una fiesta.

—Me voy a quedar contigo —dice con firmeza, y se marcha.

—¿Cómo es que sois amigos? —me interroga Daura saltando sobre la mesa y acercándose a mí.

—Nos hicimos amigos por error y nos llevamos bien. Aunque Neill está

siempre ocupado con sus entrenamientos y con la universidad. Solo nos vemos para entrenar.

—Ya, pues parecía enfadado por no saber de ti. Algo le importas —dice Mateo.

—Puede ser —digo distraída, y doy un trago a mi cerveza.

—Menudo culo tiene —dice Daura—, debe de estar duro como una piedra.

—Lo está —digo sin pensar.

—¿Le has tocado el culo? —Me sonrojo y no sé cómo salir de la que he liado por culpa de llevar tres cervezas que me han soltado la lengua—. ¿Os habéis acostado?

—Sí, se lo he tocado, y no, no nos hemos acostado —respondo a Mateo—. Él me dio un manotazo en el mío y yo le toqué el suyo para equilibrar la balanza. Algo inocente y nada sexual.

—Ya, claro —dice Daura—, yo les voy tocando el culo a todos los tíos que conozco.

—A mí me lo tocas.

—Ya, pero tú eres como un hermano para mí. No es lo mismo, y dudo mucho que lo que haya entre estos dos sea algo de hermanos.

—No hay nada, solo que inexplicablemente nos llevamos bien. Aún no sé cómo lo soporto. Odio a los futbolistas. Solo vive por y para el fútbol. Y al final te toca dejarlo todo y marcharte donde sea, olvidando tu vida y tus sueños, sin aspiraciones en la vida.

—Creo que ha bebido demasiado —dice Mateo quitándose la cerveza—. Tu madre eligió esa vida y es feliz; no eres nadie para juzgarla.

Me pregunto si de verdad será feliz o se ha adaptado a su vida; y pensar en lo que podría haber sido de no renunciar a su carrera por mi padre no le servirá de nada. Pienso en lo que viví de niña y siento un escalofrío.

—Estoy hambriento —dice Neill, que regresa con una hamburguesa y patatas fritas.

—No sabía que había hamburguesas —digo mirando cómo se la prepara.

—Si quieres te doy, no hace falta que me pongas ojitos.

—No te estoy poniendo ojitos.

—Es la cerveza, le ha soltado la lengua —le informa Mateo—. Voy a por otra. ¿Tú quieres un refresco?

—No, yo también quiero otra.

—Tal vez no sea lo mejor. —Mira a Neill y yo también. No entiendo qué quiere decir—. Te suelta la lengua.

—Neill ya sabe lo que pienso de él y me conoce.

—Tú misma. —Daura le pide otra y él se aleja a por las bebidas.

Neill me tiende la hamburguesa cuando termina de prepararla y le doy un gran bocado. Está deliciosa. Me mancho de tomate y me río mientras me limpia. Neill me limpia también la mejilla y repara en el araño.

—¿Qué es esto?

—Le atacó una gata. Y como en su residencia están prohibidos los animales..., solo puede haber sido Lilit —dice Daura, que se nota que está deseando que le cuente más.

—¿Te hizo esto? —Asiento a Neill.

—La llamé puta —digo, y Neill se tensa. Daura abre la boca hasta casi desencajársela.

—¿Y qué te hizo ella para que la llamaras así?

—Decir que este vestido no me quedaba bien, que no tenía gusto. Y me queda divinamente —le respondo entre morros a Neill.

—Sabes que sí, pero es mejor que no te enfrentes a Lilit —dice preocupado Neill, que acaricia una vez más mi marca.

—No sé cómo te pudiste liar con esa —digo sin pensar.

—Cosas que pasan.

Mateo trae las nuevas cervezas y, tras brindar los cuatro, le doy un largo trago a la mía. Estoy genial. No sé por qué Mateo decía que era mejor que no bebiera más.

* * *

—Y lo he visto desnudo —digo entre risas tras la quinta cerveza. Lo suelto sin más cuando les cuento que nos conocimos porque Neill me besó para que entrara en la fraternidad.

—Y te encanté —me pica Neill, que ya ha terminado su cena y se está tomando un refresco.

—Tienes cuerpazo y eso, y me sorprendió que no tuvieras tatuajes, pero no te lo creas mucho.

—Yo sigo alucinando —dice Mateo—. Oye, yo también te dejo que me cuides cuando tenga fiebre, y así te metes conmigo bajo la ducha desnudos.

—Solo ella estaba desnuda. Y no pude hacer otra cosa.

—Pudiste no mirar —apunto con una sonrisilla.

—Ya. Pero miré, soy humano y por lo menos reconozco las cosas. —Daura asiente.

—Se me ha acabado...

—Y no hay más —dice Mateo—. La barra está cerrada. —Miro hacia la barra. No está cerrada—. Solo sirven refrescos, como a Neill. Por cierto, cosa que me ha sorprendido. Pensé que, al igual que otros compañeros tuyos, te pondrías hasta arriba.

—Me tomo en serio lo del fútbol. —Neill me tiende su refresco cuando hago amago de ir a la barra y me sujeta para que no lo haga. Al final claudico y doy un trago a su bebida.

—Eres muy bueno, pero tienes muy mala zurda. Siempre dudas cuando te cae un pase en esa posición, y esa duda la aprovecha tu adversario —le dice Mateo.

—Tiene razón —apunto—. No sé como no lo he visto hasta ahora. Eres muy malo con la zurda.

—¿Te gusta el fútbol? —le pregunta Neill a Mateo ignorando cómo me he metido con él.

—No mucho, pero sé todo lo que se tiene que saber de él. Mi padre es tu entrenador —dice Mateo con resquemor—. Casi nadie lo sabe, porque no le gusta airear que tiene un hijo mariquita. A él, que le encantan los machos...

—Tu padre es idiota —dice Neill sin contemplaciones—. Y él se lo pierde.

Mateo le sonrío.

Ponen una canción que me encanta y me levanto para bailarla. Tiro de Neill hacia la pista y me cuelgo de su cuello cuando llegamos.

—Estás muy graciosa borracha.

—No estoy borracha. Solo tengo el puntito.

—Es mejor que no bebas más o mañana te dolerá la cabeza.

—Qué más da. La noche es joven. —Me apoyo en el hueco de su cuello y aspiro su aroma—. Me encanta cómo hueles.

—Para. —Lo miro—. Es mejor que no te deje decir nada más o acabarás por confesarme que te mueres por acostarte conmigo —bromea, o no, no sé verlo con esta poca luz y este embotellamiento.

—O tú conmigo..., sé que te encanto.

—No lo dudes, me encantaría acostarme contigo. —Mi corazón da un vuelco y se me sube a la garganta. Neill sonríe de medio lado. Está bromeando. Claro, no puede ser cierto.

—Pues eso no va a ser posible. No eres mi tipo —miento, y lo s  por cómo me late el corazón y cómo reacciona mi cuerpo a las caricias de sus manos en mi cintura.

La canción acaba y regresamos a la mesa. Es tarde y decidimos irnos a casa. Daura y Mateo pasan por mi fraternidad para ir a su casa y nos despedimos de Neill en la puerta.

—Te gusta —dice Daura, que se ha cogido de mi brazo. Mateo del otro.

—No me gusta. Es mi amigo.

—Ya, claro. La verdad es que es más majo de lo que creía, y no solo está bueno —apunta Mateo.

Llegamos a la fraternidad y veo mis maletas en la puerta. Y sobre ellas, una nota: «Est s fuera».

— Qu  es esto? —dice Daura.

—Mis maletas. —Abro la puerta, entro en la casa y encuentro a Lilit con sus amigas en el salón.

— No pod is echarme!

—Sí se puede, si la capitana, es decir, yo, lo decide. Y no te soporto. Además,  esperabas que tras bailar con mi hombre ante todos te dejara quedarte? No, lo siento, pero las de esta fraternidad saben dónde están los límites.

Me entra la risa.

—Mejor vámonos —dice Mateo.

—A ver si me ha quedado claro —digo separ ndome de mis amigos—.  Tus compañeras y amigas pueden tirarse a Neill, pero no pueden bailar con él?  Eres acaso tonta?

—Es solo sexo. Neill no baila con nadie.

—Para mí el sexo no es solo sexo.

—Por eso nunca te acostar s con él, por mucho que lo desees. —Se levanta y, aunque no lleva tacones, es más alta que yo—. O si lo haces te pasará como a mí. Un día te enamorar s perdidamente de él y descubrirás que solo te quería para eso. Y ojalá te suceda, para que sepas lo que es conformarte con las migajas. Y ahora, fuera, y no esperes que te devolvamos el dinero del alquiler de tu cuarto.

—No podéis hacer eso.

—Sí podemos, y si no, pregunta a tu madre. Está en las cláusulas. Largo.

—En verdad esto no es por Neill. Te da igual Neill, no sabes cómo es. Haces todo esto porque yo te digo la verdad. Porque no te hago la pelota y porque te jode que alguien en este mundo de color de rosa que te has montado te diga las cosas como son. No soportas mirarme y ver que no caes bien y que, si te hacen la pelota, es solo porque eres la capitana, no porque de veras les importes. Porque sé que más de una está deseando que tú te hundas para ocupar tu lugar, y mientras, te llaman amiga. Me das pena.

Y tras decir eso, salgo de la casa seguida de mis amigos. Mateo coge mis maletas y, aunque protesto, no me deja quitárselas. A las dos calles me entra el pánico por lo sucedido y porque no sé qué será de mí ahora. Solo tengo el dinero justo para las fotocopias y para comer, y no pienso decirle a mi madre que me han echado. Era lo único que nos unía. Me da por llorar. De rabia, de miedo. De impotencia. Me abrazan e intento controlarme, pero no puedo. Yo no he hecho nada para merecer su desprecio. Tal vez de todos los que la rodean yo soy la única que de verdad va de cara, pero la verdad no gusta, y por eso me quiere fuera de su perfecta vida.

Llegamos a casa de Daura y Mateo. Viven cerca, en una residencia de apartamentos construida para estudiantes de la universidad. Los hay de dos habitaciones y de tres. Ellos tienen uno de tres porque cuando hicieron la solicitud no quedaban de dos. Hay una piscina en medio, y una barbacoa. Se nota que el lugar está pensado para estudiantes. También me dicen que hay una sala de juegos, con mesas de billar y *ping-pong*. Yo asiento, pero no hago mucho caso a lo que dicen. Estoy rayada pensando en cómo voy a conseguir sobrevivir.

Entramos en su casa, que está en la tercera planta. Y me dicen que en un momento me preparan el cuarto que usan de guardatrastos. Les ayudo a quitar algunas cosas de la cama y entre los tres ordenamos todo un poco.

—Todo irá bien —me dice Daura desde la puerta—. Y aquí te puedes quedar.

—No tengo dinero para pagar...

—Ya lo tendrás. No te preocupes.

Asiento y cierra la puerta. Me pongo el pijama y me meto en la cama. Me hago un ovillo como cuando era pequeña y lloro lágrimas silenciosas, porque siento que, una vez más, le he fallado a mi madre y me estoy alejando de ella.

Temo que las circunstancias de la vida hagan que nuestra distancia sea insalvable. Acabo de fastidiar la única cosa que nos unía.

Capítulo 11



NEILL

Toco a la puerta de la casa de Deb. Me dijo que hoy no tenía ganas de correr y poco más. La he notado rara. Tanto o más que ayer, cuando, tras el entrenamiento, salí a buscarla porque sabía que le molestaba que tuviera tiempo para mis amigos y no para ella. La verdad es que me apetecía estar con ella. Pero a veces me agobio por esta intensa necesidad de estar a su lado. Por eso se me pasó por la cabeza hacer lo que solía hacer antes de conocerla. Y no sirvió de nada. Al final acabé por ir a buscarla, enfadado porque no me cogiera el móvil.

Me abre Lilit, que se nota que lleva un rato preparándose tras la puerta.

—Hola, Neill. ¿Qué quieres?

—¿Está Deb?

—Esa ya no vive aquí —dice con desprecio—. Pero tú pasa.

—¿Cómo que no vive aquí? —Me abre la puerta para que pase, pero no doy un solo paso.

—La he echado. No es parte del equipo de animadoras y no pintaba nada aquí...

—¿Cómo puedes ser tan mala? Ten cuidado si te muerdes la lengua, lo mismo te envenenas.

Me alejo y llamo a Deb y, aunque Lilit me llama, la ignoro. Me coge el teléfono al quinto tono.

—Hola, Neill.

—¿Dónde estás? Sé que te han echado. ¿No pensabas decírmelo?

—Sí..., pero estoy asimilando que estoy en la calle sin apenas dinero por culpa de tu ex. Ahora mismo no quiero tener nada que ver con ella, y tú encontraste atractiva a esa arpía.

—Pareces celosa y dudo que lo estés. Dime la verdad.

—La verdad es que no sé cómo decírselo a mis padres y por eso estoy buscando trabajo, porque no me devuelven el dinero que adelantaron mis padres por el alojamiento. Ahora tengo una entrevista en la cafetería La Rosa. Espero que el hecho de que no tenga nada de experiencia no sea un impedimento.

—Voy para allí.

—No hace falta. —Le cuelgo y voy a buscarla enfadado porque no me lo haya dicho hasta ahora.

Llego a la cafetería y me saludan varios de los que están allí tomando algo. Les devuelvo el gesto sin mucha gana y busco a Deb. La encuentro con la encargada. No tiene buena cara y se nota que está inquieta. Me siento cerca y espero. No tardan en levantarse y darse la mano. Se despiden y Deb viene donde estoy y se sienta a mi lado en vez de enfrente.

—Lo siento. Hoy no he tenido un buen día, y en verdad tenía miedo de contártelo y que fueras a casa de Lilit a exigir que me devolvieran el dinero. Esto es asunto mío.

—Lo sé. Por eso he venido a buscarte en vez de ir a exigirle tu dinero.

—No la soporto.

—Yo tampoco —admito—. No sé qué me pasó el año pasado cuando me dejé llevar por ella. —Cojo el servilletero y le doy vueltas—. La verdad es que ahora mismo, si miro atrás y pienso en las mujeres con las que he estado, solo siento vacío —le reconozco—. Con ella me pasaba lo mismo. Pero algo siempre es mejor que nada.

—Puedes tenerlo todo —dice poniendo su mano sobre la mía—. Si te

muestras como eres y no como un perrito en celo.

Bromea y me hace sonreír. Apoya su cabeza en mi hombro y me gusta que busque mi contacto, mi calor.

—Me va a dar una oportunidad. Empiezo a fregar platos y, si lo hago bien, me dejarán recoger mesas. ¡Bien! —dice con ironía—. Lo bueno es que se adaptan a mi horario si tengo exámenes. Y puedo ayudar a pagar el cuarto en casa de Daura y Mateo.

—Sinceramente, estás mejor con ellos. Creo que hasta ahora no has disfrutado la universidad porque has estado demasiado pendiente de los estudios y de ser lo que no eres. Es el momento de descubrir quién eres tú en la universidad, y no tratar de buscar quién era tu madre.

—Me siento muy lejos de ella. —Noto pesar en su voz.

—No soy el mejor para hablarte de madres, pero Blanca siempre encuentra la forma de llegar a nosotros. Ella me ha demostrado que los padres están ahí aunque a veces creamos que no.

Se seca una lágrima.

—Soy una bocazas.

—Sí, pero una bocazas adorable. —Se ríe entre lágrimas. Cojo una servilleta y se la tiendo—. Hay una fiesta. Ven conmigo.

—No me apetece ir de fiesta. Daura y Mateo también salen a una. Mi idea es ver pelis o series y comer pizza en mi nueva casa.

—Me apunto al plan.

—Ya, seguro que te están esperando... chicas guapas, ya sabes.

—Prefiero ir contigo. Y también eres una chica guapa. Anda, levántate, que si no nos damos prisa nos cierran el supermercado y quiero comprar también palomitas.

Vamos al súper y compramos una pizza, patatas, algo de beber y palomitas, y cuando propone pagar la mitad, me niego y le digo que cuando cobre su primer sueldo me debe un cine con palomitas. Solo así acepta.

Llegamos a la residencia de apartamentos. He estado aquí alguna vez para buscar a algún amigo. Se ve más acogedora que la fraternidad y más seria. Subimos a su nueva casa y entramos. Es pequeña; una cocina con salida al salón, un baño completo y tres habitaciones. Nada más. Pero sé que Deb aquí será más feliz. Ella aún no se ha dado cuenta, pero estar en la fraternidad no le hacía ningún bien.

Ponemos la pizza en el horno y buscamos qué peli ver en mi móvil; gracias

a un adaptador que tienen aquí podemos conectarlo a la tele y verla en la pantalla grande. Nos decantamos por una de superhéroes. Me sorprende que ella tenga tantas ganas de verla como yo. Nos servimos la pizza y empezamos la película que hemos alquilado en una app. Vemos la película mientras cenamos y, al terminar, Deb se acomoda en el sofá y le coloco sus pies sobre mis piernas. Protesta, pero al final se deja hacer y no sé en qué momento acabo por acariciar sus piernas. Lo hago sin darme cuenta, como de manera mecánica. La miro y está durmiendo. Me quedo un rato mirándola a ella en vez de a la película, observando como respira y como entreabre los labios mientras duerme. Unos labios con los que me he visto soñando más de una vez, volviendo a besarlos.

La película se acaba y pongo otra cosa en la tele. Nos he tapado con una manta que había cerca y Deb ni se ha inmutado. Me pregunto si ha dormido algo esta noche. La puerta se abre y aparecen Mateo y Daura, que, al verme, cesan su risa de fiesta y la remplazan por otra cómplice.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Mateo—. ¿Interrumpimos?

—No seas tonto —dice Deb, que se ha despertado—. ¿Qué hora es?

—Casi las dos de la mañana.

—Me he perdido la película —dice poniendo morritos.

—¿Por qué te la has perdido? —pregunta Daura, que se ha sentado en la mesita del salón, en tono pícaro.

—No me he estado enrollando con Neill.

—Para mi desgracia —bromeo—. Y mira que le he insistido...

—No digas mentiras —dice Deb roja como un tomate.

—No es mentira, llevo media noche haciendo manitas contigo bajo la manta. —Me mira sonrojada. No he pasado de la pantorrilla, pero veo que ni te has dado cuenta.

—Tonto —dice sonriente.

Se levanta y se despereza.

—Será mejor que me vaya. Es tarde y mañana tengo entrenamiento. Con suerte ganamos.

—Le vendría bien para el ego de mi padre bajar un poco a la realidad —apunta Mateo—. Tengo entradas, igual vamos.

Mira a Daura y esta asiente; Deb no dice ni que sí ni que no. No le gusta mucho verme jugar. Es algo que ya he percibido otras veces.

Deb me acompaña a la puerta.

—Siento haberme quedado dormida —le acaricio la mejilla marcada por el sofá.

—Yo siento que no me contaras que estabas mal. Pero espero que la próxima vez que lo estés, cuentes conmigo. No solo soy tu amigo para entrenar.

—Lo mismo digo.

Asiento y me marchó con una sensación rara. Como si una parte de mí deseara más y otra quisiera salir corriendo por lo que anhelo.

DEBBIE

Toco la puerta de la tutoría de Ginebra. Tal vez ella no sepa nada, pero necesito hablar con alguien sobre lo que me ha pasado. No me parece justo que mis padres hayan pagado mi estancia en una fraternidad a la que ya no pertenezco. Sé que, si le preguntara a mi madre, ella sabría algo más; el problema es que, tras tratar toda la mañana de llamarla para contárselo, al final no he podido.

Me dice que pase y, al ver que soy yo, sonrío.

—¿En qué puedo ayudarte, Debbie?

—En verdad no sé si puedes ayudarme, pero no sé a quién recurrir. —Me pide que me siente y le cuente lo que ha pasado—. Perteneía a la hermandad de animadoras. No soy animadora, pero como mi madre sí lo fue, pues al final movió sus hilos para que me alojara donde ella estuvo. La verdad es que siempre hemos chocado y nunca he encajado allí, pero no sabía que por esto un día me podrían echar, quedándose con el dinero que dieron mis padres como anticipo para pagar mi hospedaje en esa casa. Y dicen que por ley se lo quedan. Es por si sabías algo más sobre esto.

—¿Y tus padres no lo saben? —Pongo mala cara—. Entiendo, no quieres pedirles ayuda. —Asiento—. Siento no poder ayudarte mucho, ya que cada hermandad tiene sus propias leyes fuera de la universidad. Si en el contrato que firmas para entrar a formar parte de esa casa pone que si te echan se quedan con tu dinero, no se puede hacer nada, aunque me parece muy injusto.

—Suponía que no podrías ayudarme, en verdad me siento tonta por haber venido aquí.

—No te sientas así. Me alegra que hayas venido. Soy tu profesora, sí, pero me gustaría que, si algo te preocupa, cuentes conmigo también.

—Lo tendré en cuenta. Ahora me voy a trabajar.

—Suerte y... lo dicho.

Me despido de ella y, aunque dice que he hecho bien, voy al trabajo en la cafetería sintiéndome tonta. Al llegar me dan un delantal negro con el logotipo de la cafetería en dorado y me explican un poco lo que se espera de mí, que es fregar los platos y, si hay mucho trabajo y puedo, recoger mesas.

Sé fregar, porque aunque en mi casa tenemos a una mujer que nos ayuda con la limpieza, mi madre desde pequeños nos ha dicho que está para ayudarla a ella con las limpiezas a fondo, no para ir tras nosotros y limpiar nuestra suciedad. Por eso siempre que hemos cogido un vaso o un plato, después lo hemos tenido que lavar y guardar. Y cada día nos toca a un miembro de la familia fregar los platos. Mi madre, con sus sonrisas, siempre consigue lo que quiere, y pobre del que le discuta: te mira de esa manera amenazadora que deja claro que o haces lo que te toca o te las verás con su peor cara.

Se me pasa la mañana rapidísima y estoy agotada a más no poder. Me duelen los dedos de fregar y, aunque llevo guantes, se me ha colado agua dentro y de tenerlos todo el día a remojo los noto arrugados. Llego a casa y ni siquiera tengo hambre. Me tiro en la cama para descansar. Estoy a punto de dormirme cuando me suena el móvil en el bolsillo y lo saco. Lo cojo tras ver que es Neill.

—¿Qué tal tu primer día?

—He sobrevivido. Voy a dormir. Adiós.

Le cuelgo y dejo que el sueño me invada mientras pienso en cómo me soporta. A veces no entiendo por qué nuestra amistad cada día es más fuerte y también lo son mis deseos de pasar más tiempo con él. Y mucho menos comprendo por qué, sin que se dé cuenta, atesoro sus sonrisas y dejo que mi mirada se pierda entre el contorno de sus labios.

* * *

—La verdad es que no sé por qué no hemos venido antes a un partido. Hay mucho tío bueno suelto —dice Mateo comiéndose con la mirada a un par de universitarios.

Sus asientos están cerca de los de Neill, que hoy están vacíos. Mateo nos

ha dicho que, por ser hijo del entrenador, le pasan cada vez que hay partido tres entradas. Nunca ha venido, pero ahora que es amigo del capitán le apetece animarlo. Me sorprende la facilidad que tiene para decir que Neill es su amigo cuando casi no han hablado. Pero, teniendo en cuenta que a mí me han acogido en su casa como si me conocieran de toda la vida, no sé de qué me extraño. Dicen que las casualidades no existen y creo que no fue casualidad que justo la noche que Lilit me echó de casa yo decidiera irme con ellos de cervezas.

Neill sale con el resto de sus compañeros y mira hacia la grada; al verme sonrío y me guiña un ojo.

—A Neill le pones —me dice Mateo dándome un codazo.

—Para nada.

—No hay peor ciego que el que no quiere ver. Además, así se seguiría la tradición, tu madre se enamoró de un capitán de este equipo y tú de otro. Qué romántico.

A mí no me lo parece y me agobia un poco. No me gusta Neill de ese modo. Puedo admitir que me atrae... un poco, que a veces sueño con sus besos y con cómo cedemos a la pasión..., pero de ahí a enamorarme de un futbolista... ni de coña. No quiero acabar como mi madre. No quiero que eso sea lo único en lo que nos parezcamos y años más tarde darme cuenta de que he perdido toda mi vida por seguir los sueños de otra persona. Además, Neill no es de los que se enamoran.

Empieza el partido y Neill da un pase de gol a los cinco minutos. El problema es que luego el equipo rival les hace sudar la camiseta y no marcan de milagro; como sigan a este ritmo, en la segunda parte lo van a tener jodido para ganar.

Yo casi no he visto el partido; sigo dando vueltas a lo que dijo Mateo y negándome una y otra vez a mí misma el hecho de que Neill me pueda gustar. Verlo jugar me recuerda a mi padre cuando lo veía de niña y a mi madre animándolo en las gradas a mi lado. Me agobio un poco y decido irme. Les digo a mis amigos que estoy muy cansada y, cuando insisten en acompañarme, les digo que no. Que voy a dormir y no quiero fastidiarles la noche. Luego se van a ir a tomar algo no muy lejos.

Llego a la casa y apago el móvil; no sé qué me pasa.

Y Neill lo nota cuando nos vemos para correr. Le digo que no es nada, sonrío, pero en sus ojos marrones veo que no me cree, y es normal. Ni yo misma sé por qué estoy así... Si se debe a los últimos cambios, a que no sé

cómo decírselo a mi madre o a que no sé cómo reprimir las ganas que tengo de besar a Neill. Esto último cada vez me pasa con más frecuencia, y eso que él no ha hecho nada para provocarme. Si he de ser sincera, él también parece distraído. Tal vez las cosas están volviendo a su sitio y se haya cansado de tenerme como amiga. Sería lo normal.

* * *

Me cuesta acostumbrarme al trabajo y estudiar a la vez. Por eso hasta el jueves no puedo quedar con Neill para ir a correr; se apuntan Mateo y Daura. De repente les han entrado unas ganas locas de entrenar y de hacer deporte, aunque yo sé que lo hacen para ir con Neill. Cuando Neill los ve conmigo, si le extraña que estén aquí, no se le nota y, tras hacer estiramientos, vamos corriendo hacia la zona deportiva. Al llegar veo que Mateo y Daura se quedan muy atrás y los espero.

—Si vamos muy rápido...

—No, vais genial, pero desde aquí atrás las vistas son mejores. —Mateo mira el culo de Neill, que no ha dejado de correr.

—Amor por el *footing*, ya, claro. No sé como os he creído. —Se ríen y corro hacia donde está Neill. Al llegar me mira y me sonrío.

—No tienes buena cara. Hoy será mejor que no corramos tanto. Además —mira hacia mis amigos, que se han parado exhaustos—, dudo que ellos aguanten mucho más.

—Solo han venido para verte el culo —digo entre dientes.

—¿Y te molesta?

—No me molesta, pero no eres un hombre objeto. Eres algo más.

—Me alegra que lo veas así, y no creo que lo hagan con maldad.

—No, y supongo que estás acostumbrado. ¿Qué tal vas con tus ligues? Últimamente no se escucha mucho de ellos.

—Van bien —me dice muy serio, y aparta la mirada—. Voy a adelantarme un poco. Ahora nos vemos.

Me quedo rezagada cuando se adelanta, mosqueada por su comportamiento.

—¿Todo bien? —pregunta Mateo al llegar a mi lado.

—Sí, quería ir más rápido.

Sonrío, pero no estoy bien. Siento a Neill muy muy lejos y aunque digo que

no me importaría que las cosas volvieran a su lugar, la idea de perderle como amigo me duele. Y me preocupa.

Capítulo 12



DEBBIE

No quiero perder a Neill, por eso al cobrar mi primer sueldo tras quince días de trabajo, en los que casi no nos hemos visto, le hago una foto a mi sobre con el dinero y le digo que lo prometido es deuda y que, si esta noche no tiene nada que hacer, si le apetece cine y palomitas. Que se lo debo.

Espero en mi cuarto a que responda. Tarda más de lo que imaginaba. Como últimamente. Casi no nos hemos visto y, aunque me suele mandar mensajes todos los días para ver cómo voy, algo nos pasa. Y no sé el qué. Mateo y Daura dicen que lo que nos pasa es tensión sexual no resuelta. Les conté que estábamos raros Neill y yo, para buscar ayuda, y me salieron con esas. Me molestó tanto que me encerré en mi cuarto escuchando cómo se reían, porque ellos dan por hecho que es eso.

Por otro lado, estoy hasta arriba de trabajo y apenas he dormido para poder trabajar y estudiar al mismo tiempo. Todo era más fácil cuando no tenía que preocuparme por el dinero. Y a mis padres sigo sin decirles nada. Me

duele engañarlos, nunca lo he hecho y ocultarles esto hace que casi no hable con ellos, porque me siento desleal a mi familia.

Me llega un mensaje de WhatsApp y veo que es de Neill.

Neill: Me parece bien, paso a recogerte en una hora. Conozco un cine muy bueno a una hora de aquí.

Le digo que vale y voy hacia mi armario para arreglarme. Cojo los vestidos. Mi madre me compró uno negro sencillo de media manga. Me gusta, pero no sé si será demasiado para una cita de amigos... Me da lo mismo. Lo cojo y me doy una ducha antes de arreglarme un poco el pelo y ponerme el vestido. Al mirarme al espejo tras darme un poco de maquillaje, me gusta lo que veo y estoy feliz, hasta que reparo en ellos. Veo mis ojos brillar por la emoción y la sonrisa tan amplia que se pinta en mi cara. «Es solo una salida con Neill», pienso, pero al hacerlo noto como los nervios se retuercen en mi estómago y mi corazón se acelera.

Decido ignorar lo que siento y, tras coger mi chaqueta y la bufanda, pues ya va haciendo frío, me voy a esperar a Neill. Por suerte estoy sola y no tengo que dar explicaciones de mi salida, porque estoy segura de que Mateo y Daura verían cosas donde no las hay.

Salgo de la residencia y veo a Neill apoyado en su coche. Al verme me sonrío y se levanta. Va espectacular, como siempre, con esa camisa azul oscuro y esos vaqueros negros... Me encanta, y que se haya arreglado tanto para ir al cine me gusta. Al menos así no desentono con mi vestido. Es como si, sin saberlo, nos hubiéramos puesto de acuerdo.

Entro en su coche y, al igual que hace él, me quito la chaqueta para ir más cómoda, ya que el cine está a una hora de camino. Al ver mi vestido, Neill no se corta y me recorre con la mirada, desde las botas hasta los ojos. Al llegar a mis ojos me mira de una forma que no sé cómo interpretar, pero que acelera mi respiración.

—Muy guapa, me alegra no ser el único que va a arreglado para ir al cine.

—Quien nos vea así pensará que estamos en una cita. —Sonríe.

—Cita de amigos, las mejores.

—Sí —le digo más relajada—. ¿Has tenido muchas citas?

—No, es la primera vez que tengo una cita —me dice mirándome de medio lado con una sonrisa.

—Entonces es como si te estuviera desvirgando. Me gusta. Aunque seguro que tú has probado muchas otras cosas.

—Sexuales, sí.

—Guarro. —Se ríe.

—Aunque no tantas como piensas.

—Seguro que más que yo. Mis relaciones sexuales no han sido dignas de mención.

—¿Y te arrepientes?

—No lo sé. Pero como mujer también tengo deseos...

—Sexuales. Me gusta este tema.

—Tonto.

—¿Di? ¿Qué te gustaría?

—No sé, tal vez sentir pasión. O saber por qué muchas personas pierden la cabeza por el sexo. Aún no me lo explico.

—Tus ex eran unos amantes patéticos, si piensas así. Yo no te dejaría pensar así, si pasaras una noche conmigo. Me encantaría enseñarte diferentes formas de amar. Y recorrería tu perfecto cuerpo con mis manos y mi lengua...

—¡Neill! —Se ríe y yo me acaloro. Y me molesta que él esté tan fresco—. No sueñes. No me tendrás nunca. Espero que puedas vivir con eso.

—Nunca digas nunca, Deb.

Le saco la lengua y pongo música. No tardamos en llegar al cine y ya sabíamos a qué peli vamos. Lo he estado mirando en mi móvil y he comprado las entradas usando la app. Al llegar compramos palomitas y algo de cenar y, tras enseñar el móvil, donde se ve la compra de mis entradas, pasamos.

Me siento emocionada en el cine. Me encanta ir al cine. Hasta los anuncios que ponen, que en casa no me gustan o los quito, ahora hasta me parecen emocionantes. Neill me mira divertido cuando aplaudo tras un tráiler. Soy la única y me hundo en el asiento.

—Me he emocionado. Pero es que esa peli tiene muy buena pinta.

—La veremos, entonces. —Lo miro feliz y asiento. Todo va bien. No me siento lejos de él, y eso me relaja.

La peli empieza y, tras comerme lo que me pedí de cena, ataco las palomitas que sujeta Neill. Más de una vez mis dedos se cruzan con los suyos y una de las veces Neill los atrapa y no me deja sacar la mano. Me entra la risa y nos mandan callar.

—Ha sido por tu culpa.

—Me declaro inocente. Eres tú la que se ha empezado a reír como una urraca. —Le doy de broma y se caen parte de las palomitas sobre su camisa.

—Lo siento —digo, recogíendolas. Lo hago tan rápido que no soy consciente de dónde están mis manos hasta que Neill me las aparta.

—Aunque me encantaría que me metieras mano, lo mío no es hacerlo en lugares públicos.

—¡Ha sido sin querer!

—Ha sido el subconsciente. Deberías hacerle caso. Lo pasaríamos bien.

—¡Eres imposible! —Se ríe y esta vez lo mandan callar a él—. Esta ha sido por tu culpa.

—Eres tú, que me provocas. Y ahora, déjame ver la película.

Me quedo callada hasta que noto unas patadas detrás de mí. Al volverme para mirarlos con cara amenazante veo a una pareja dándose el lote. Me quedo embobada hasta que Neill me aparta la cara, divertido.

—Parece que nunca has visto a dos personas besarse. A ver si vas a ser virgen, Deb.

—Ojalá, pero no. Aunque he escuchado que algunas se lo cosen.

—¿El qué? —me pregunta Neill al oído, y su aliento me hace cosquillas y me pone los pelos de punta—. Vamos, di, ¿qué se reconstruyen?

—El himen ese —digo bajito.

—Pueden ocultar la verdad al resto, pero ellas siempre lo sabrán —me dice otra vez al oído. Cierro los ojos y los abro abrumada—. Me encanta tu perfume, por cierto. Huele a frutas. Dan ganas de coger un empacho con ellas.

—Neill.

—¿Qué? —me pregunta inocente, ya en su sitio.

—Te estás perdiendo la peli.

—Una vez más por tu culpa.

—No sé si me compensa ver pelis contigo. No me estoy enterando de nada.

—Eso es porque te mueres por besarme y no sabes cómo decírmelo. Vamos, confíesalo —dice de broma, o eso creo; esta conversación no tiene sentido—. Seguro que desde que te besé no has dejado de pensar en cómo sería volver a sentir mis labios una vez más sobre los tuyos.

—Claro. Cómo olvidar un beso así —digo con ironía—. Siento bajarte de la nube, pero no fue para tanto.

—No puede ser. Yo lo recuerdo de otra forma. Hasta me pareció

escucharte gemir entre mis labios.

—¡Neill!

—Ya me callo, pero ahora lo veo como un reto. Necesito recordarte lo bien que encajaba tu boca con la mía.

—Ja, ja, se acabó la broma. Mira la peli y calla.

Lo corto porque, por un segundo, he estado tentada de pedirle que me bese como promete. ¿Qué me está pasando?

* * *

El resto de la peli lo vemos en silencio, pero soy muy consciente de Neill. De cómo nuestras manos están a un centímetro de las del otro. De cómo cada vez que respiro su perfume me penetra los sentidos y me hace desear descansar mi cabeza en el hueco de su cuello y perderme en todos los matices de perfume que desprende su piel morena.

Al salir del cine parezco cortada, como una chica tras su primera cita que no sabe qué hacer o qué decir para que esta nube rosa no se convierta en otra más oscura. No sé por qué estoy así. Es Neill. Lo miro y le pillo mirándome. Sus ojos están serios, muy serios, y eso no me gusta. Por eso cojo su mano y hago lo que llevo deseando hacer durante toda la película. Entrelazar mis dedos con los suyos.

—¿Me invitas a bailar?

—Si me lo pides así, ¿quién puede negarse?

Sonrío feliz y decido olvidarme de todo. No quiero que acabe esta noche. Soy feliz a su lado. Y no me apetece analizar por qué.

* * *

Le quito el mojito que compartimos y doy un trago sin pararme a pensar en dónde se han posado mis labios. Neill no deja de mirarme y, cuando se lo tiendo, me paso los dedos por la boca por si tuviera algo.

—¿Qué pasa?

Se acerca para hablar.

—Dices que no quieres besarme y, sin embargo, te mueres por poner tus labios donde antes han estado los míos.

—Esta noche estás imposible con ese tema.

—Eso es porque me has retado y, antes de que te deje en tu casa, pienso recordarte lo mucho que te gustó besarme.

—Ni en tus sueños. —Se aleja y sonrío de medio lado.

No sigo con el tema y prefiero hablar de otras cosas. Al final la música hace que me mueva al son de esta y me acerco a Neill cuando el *pub* se llena y siento que me dan por todos lados. Neill, atento, pasa sus manos por mi cintura para que así no me golpeen. Alzo la vista y lo miro a los ojos. Me siento pequeña entre sus brazos. Y protegida. No deja de mirarme, y lo hace de una forma que me hace sentir desnuda. Es como si de verdad anhelara mis labios. Se me cierra la garganta y me cuesta tragar y, en vez de huir, sigo aquí, entre sus brazos. Alzo mis manos hasta su cuello y bailo con él. Mi cuerpo se roza con el suyo sutilmente; no hay nada sensual en mi baile y, sin embargo, siento que cada vez que lo rozo mi piel se calienta. Tengo que detener esto. Tengo que pararlo.

Lo miro y sus labios están muy cerca, a un suspiro de los míos. No sé quién se ha acercado tanto, no sé cómo hemos llegado a esto. Pero sí sé que, presa del deseo de sentirlos de nuevo, me alzo y lo beso. Neill se queda quieto y se separa. Me voy hacia atrás, hasta que coge mi cara entre sus manos y me besa como aquel día en que solo éramos dos desconocidos que no sabían que al final serían buenos amigos.

Sus labios están más calientes de lo que recordaba. Me encanta lo suaves que son y cómo me besan. Con firmeza y con determinación.

El beso no tiene nada de inocente y, pasada la sorpresa inicial, mis labios devoran los suyos de la misma forma que lo hace él. Estoy perdida en su sabor. En lo que siento cuando me acaricia con los dientes, con la lengua, sin adentrarse del todo en mi boca.

Me acerco más a él; sus manos están por todas partes. Las siento en mi espalda y cómo juegan sobre el contorno de mis caderas. Yo hago lo mismo; no puedo dejar de acariciar su firme pecho y, aunque no debería, mi mente lo recuerda sin esa camisa que lo cubre. Recuerdo cada ondulación de su torso y el deseo me nubla. Sé que debería parar. Que esto no está bien. Pero es demasiado bueno para poder decir basta. Quiero más. Un poco más. Nunca un beso me hizo sentir tanto.

Subo mis manos a su pelo y las enredo en su morena cabellera. Me encanta lo suave que es. Siempre supe que sería así. Neill profundiza el beso y adentra su lengua en mi boca, y entonces no tiene piedad. Me besa como si nunca

hubiera besado a nadie y acabara de descubrir el placer de este intercambio. Pone sus manos en mi cintura y me alza para que me siente en una silla alta y, una vez estoy sentada, se abre paso entre mis piernas y me acerca al borde para que mi sexo sea muy consciente de cómo crece el suyo por nuestro intercambio. Gimo y esta vez no puedo negarlo. Siento tanto calor que creo que puedo ser capaz de morir por combustión espontánea. Quiero más, mi cuerpo necesita más. Tiro de su camisa y Neill, divertido, me coge las manos.

—No me gusta el sexo en público. ¿Recuerdas? —me dice al oído, y yo siento como un chorro de agua fría—. ¿Vamos a un lugar más íntimo?

Lo empujo y me bajo de la silla. ¿Qué he hecho? Recojo mis cosas y salgo del *pub* agobiada. Angustiada. Llego a su coche; Neill me sigue de cerca.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Lo siento, no debería haber dejado que me besaras. Quiero irme a mi casa, sola.

—Nunca te forzaría. ¿Acaso no lo has disfrutado?

—Eso da igual, no quiero más. No quiero.

Neill abre la boca para decir algo, pero la cierra y entra en el coche tras abrirlo. Yo hago lo mismo. Hacemos el resto del viaje en silencio y solo cuando para frente a mi casa abre la boca para hablar.

—Te deseo, y no es una broma. Me encantas y sé que yo también te gusto. ¿Qué habría de malo en ser amigos especiales?

—¿Me estás proponiendo que nos acostemos?

—Te estoy proponiendo explorar este deseo que hay entre los dos.

—No, ni de coña. No quiero nada de eso contigo. Búscate a otra que te caliente la cama. Me consta que tienes facilidad para ello, y yo no soy una más en tu lista.

Sé que me he pasado, pero no puedo parar. No puedo, porque no sé cómo me siento, porque me encantaría decirle que sí, y no quiero, no quiero por si pasa de ser solo deseo. Por si acabo por enamorarme de Neill cuando, ni es lo que deseo, ni yo seré nunca lo que él quiere.

Capítulo 13



NEILL

No he pegado ojo en toda la noche. No debí hacerle esa oferta a Deb así. Pero una vez que la había besado, ya no pensaba con claridad. La deseo como no recuerdo haber deseado nunca nada, y quería más. Parecía un drogadicto suplicando por un poco más. Le escribí para pedirle perdón y, cuando me dijo que no pasaba nada, le dije que la oferta seguía en pie y que nunca la tuve por una cobarde. Esto también me lo tenía que haber ahorrado. Pero no podía borrar de mi mente cómo su cuerpo reaccionó al mío. Cómo su boca encajó con la mía y cómo su sabor me volvió loco de deseo.

Solo espero no perderla como amiga. Porque eso sí sé que no podría soportarlo. Lo otro se soluciona con una ducha de agua fría antes de ir a ver a la única mujer que deseo ahora mismo.

DEBBIE

—¿Pensabas que no me iba a enterar? —Escucho la voz de mi madre y alzo la mirada, apartándola de los platos y vasos sucios.

—¡Mamá! ¿Qué haces aquí?

—La pregunta es qué haces tú aquí. He ido a darte una sorpresa a la fraternidad y me he enterado de todo. ¿Cuándo terminas? —Miro el reloj.

—En diez minutos.

—Bien, te espero, tenemos mucho de que hablar. —Parece enfadada. Lo que me faltaba, tras mi beso de ayer con Neill.

No he podido dormir en toda la noche; cada vez que cerraba los ojos lo veía ahí, en su coche, dolido por mis palabras y porque tirara el deseo que sentimos por el suelo. No puedo negar que lo deseo, pero me asusta mucho.

Termino de trabajar y salgo de aquí con mi madre. Vamos hacia mi nueva casa en silencio y, por suerte, estamos solas cuando llegamos. Mis compañeros han salido de viaje a ver a sus familias.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque era lo único que nos unía. —Mi madre suaviza la mirada y se sienta en el sofá; me hace un gesto para que la siga. Lo hago y me abraza.

—No lo es, Deb. Puede que seamos completamente diferentes. Pero somos madre e hija y nadie podrá cambiar eso, aunque tú seas lo opuesto a mí. —Los ojos se me llenan de lágrimas.

—Lo siento, mamá. Yo solo quería entenderte. Quería que la vida no nos separara más. —Coge mi cara entre sus manos y me seca las lágrimas.

—La vida nos separará, pero siempre encontraremos el camino de vuelta. Lo sé porque eres mi osita. —Me río entre lágrimas. Saca algo de su bolso, un sobre, y me lo tiende—. Ten, tu dinero. Esa no sabía con quién se estaba enfrentando. Las normas las escribí yo y hay una que dice que si una capitana, ya sea una antigua o la actual, dicta nuevas normas, las otras deben acatarlas por respeto al cargo. No iba a irme sin tener la posibilidad de mangonear si me apetecía. Nunca pensé que esa cláusula serviría para que un día se le devolviera lo que es suyo a mi hija. Deja de trabajar y céntrate en tus estudios.

—No me importa trabajar.

—Lo sé, pero para todo existe su momento. Y en nada empiezas los exámenes. Tienes que centrarte.

—Soy muy mala fregando platos, no creo que hubiera aguantado mucho más. Hoy me he cargado cuatro platos y tres tazas.

—¿Qué te preocupa, hija? Sé que hay algo más. Cuando entré te noté muy triste. Puedes contármelo. De verdad, sea lo que sea. —La miro a los ojos y sé que tiene razón, que ella nunca me ha juzgado.

—Ayer me besé con Neill. —Agrandas los ojos, feliz—. Lo rechacé. Él quería que..., bueno, que...

—¿Que fuerais de esos amigos con derecho a roce?

—Qué corte hablar de esto contigo.

—Vamos, no seas tonta, he sido joven y antes de estar con tu padre he estado con otros chicos.

—No quiero saber eso. —Se ríe.

—Lo que quiero decir es que siempre debes hacer lo que desees. Sea lo que sea. No te reprimas, hija. Que las mujeres también tenemos deseos y eso no nos hace peores. A tu padre nunca le importó con quién estuve antes. Solo despertar conmigo cada día desde que pasé la primera noche con él.

—No sé qué hacer... —reconozco.

—Te gusta. Lo deseas. Lo noté desde que os vi juntos, y él a ti. Cantaba a la legua.

—Solo será un tiempo...

—Solo pregúntate si podrías vivir sin haber aprovechado la oportunidad de estar a su lado de esa forma, aunque solo sean unos días. Si un día te arrepentirías de no haberlo hecho.

—No lo sé. Es capitán del equipo...

—Tú lo que temes es enamorarte de él, hija. Y eso pasará aunque no quieras. Aunque no aceptes. Aunque solo sea tu amigo. Si tienes que enamorarte de él, lo harás.

Sé que tiene razón, pero sigo sin saber qué camino tomar.

—Date tiempo. Cuando estés lista, sabrás qué responderle, y si no, siempre será tu amigo.

Me pregunto si eso es así, si no lo he perdido ya. Espero que no, y que, si le digo que no, todo sea como antes. Aunque lo desee más que a nadie.

¿Qué camino debo tomar? ¿Debo dejarme llevar por lo que deseo por una vez sin pensar en lo que pasará?

En el fondo sé que tengo la respuesta.

Agradecimientos

En especial a mi marido, a mis padres y a mi hermano; nada de esto sería lo mismo sin vosotros. Gracias por apoyarme en todo y creer en mí. Por quererme tanto como yo os quiero a vosotros.

A mis queridos sobrinos, Nicolás, Vega, Álvaro, Irene y Silvia. Vuestra sonrisa y vuestra alegría es una fuente inagotable de felicidad. Os quiero mucho, pequeñines.

A mi querida editorial, Click Ediciones, y en especial a Adelaida, por vuestro apoyo constante, por creer en mí y en mis novelas. Es un placer publicar con vosotros.

A mis queridas Merche y Andrea, por vuestros consejos y vuestro cariño, por vuestra sinceridad. Es un honor tener unas amigas como vosotras.

A todos mis lectores y a toda la gente que está a mi lado, por vuestro apoyo y vuestro cariño. Por dejaros seducir con mis novelas y vivirlas con tanta intensidad como yo cuando les doy vida. Por vuestros comentarios y opiniones, que me ayudan y me dan fuerzas para querer mejorarme en cada libro.

Gracias por entender mi mundo.

¡¡Gracias por ser simplemente maravillosos!! Y a los nuevos lectores, encantada de teneros a mi lado y que os unáis a mi pequeña gran «familia».

BIOGRAFÍA



MORUENA ESTRÍNGANA

Nació el 5 de febrero del 1983. Desde pequeña ha contado con una gran imaginación. Imaginativa y despierta, no tardó mucho en decantarse por el mundo literario, ya que con nueve años empezó a escribir un pequeño teatro y con doce escribía poesías en los cuadernos de clase, y fue cuando comenzó su primera novela.

Pero no fue hasta los dieciocho años cuando escribió su primera novela en serio, siendo este el comienzo de su carrera literaria. Desde entonces no ha dejado de escribir y de inventar diversos mundos llenos de magia, fantasía y amor.

Administradora de la web literaria de éxito *teregalounlibro.com*, cuenta con un millón y medio de visitas.

Actualmente sigue escribiendo los nuevos libros que pronto verán la luz.

Su lema desde que empezó a luchar por ser escritora:

La única batalla que se pierde es la que se abandona.

Logros

- * **Nominada a los premios DAMA 14** a la mejor novela romántica juvenil con *Me enamoré mientras mentías*.
- * **Nominada a los premios DAMA 15** a la mejor novela contemporánea con *Por siempre tú*.
- * **Ganadora de los premios Avenida 15** a la mejor novela romántica y como mejor autora de romántica 15 con *Por siempre tú*.
- * **Numero 1 en ebook en Amazon.es, Amazon.com e Itunes, y play store** con varias de sus novelas publicadas.

REDES SOCIALES

- FacebookK: @MoruenaEstringana.Escritora
- Twitter: @MoruenaE
- Instagram: MoruenaE

BIBLIOGRAFÍA

Libros publicados

El círculo perfecto (autoeditado, 2009), *El círculo perfecto* (Editorial Ámbar, 2010), *La maldición del círculo perfecto* (autoeditado, 2012), *Me enamoré mientras dormía* (Editorial Nowevolution 2014), *Me enamoré mientras mentías* (Editorial Nowevolution 2014), *Por siempre tú* (Ediciones Kiwi, marzo de 2015), *Viaje hacia tu corazón* (Click Ediciones, Grupo Planeta, septiembre de 2015), *El círculo perfecto*, reedición ampliada (Red Apple ediciones, enero de 2016), *Mi error fue amar al príncipe* (Click Ediciones, enero de 2016), *Mi error fue buscarte en otros brazos* (Click Ediciones, febrero de 2016), *¿Sabes una cosa? Te quiero* (Nowevolution, febrero de 2016), *Mi error fue confiar en ti* (Click Ediciones, marzo de 2016), *Solo tú* (Ediciones Kiwi, marzo de 2016), *Mi error fue enamorarme del novio de mi hermana* (Click Ediciones, abril de 2016), *Déjame amarte* (Romantic Ediciones, abril de 2016), *Mi error fue amarte* (Click Ediciones, mayo de 2016), *Mi error fue creer en cuentos de hadas* (Click Ediciones, junio-julio de 2016), *Mi error fue no ser yo misma* (Click Ediciones, septiembre de 2016), *Mi error fue tu promesa* (Click Ediciones, octubre de 2016), *Por siempre solo tú* (Ediciones Kiwi, octubre de 2016), *La maldición del círculo perfecto* (Red Apple Ediciones, octubre de 2016), *Mi error fue ser solo tu mejor amiga* (Click Ediciones, noviembre de 2016), *Déjame amarte* (Click Ediciones, noviembre de 2016), *Mi error fue ser solo tu mejor amiga* (Click Ediciones, diciembre de 2016), *¿Te confieso una cosa? Te amo* (Nowevolution, diciembre de 2016), *Eternamente tú* (Ediciones Kiwi, enero de 2017), *El círculo perfecto inmortal* (Red Apple Ediciones, abril de 2017).

Antologías

150 rosa Editorial Divalentis

Libro de relatos de VI RA

Venus de Nowevolution

Relatos en la web NUBICO

Mi chica de los dulces

Tú me enseñaste a amar

El latir de mi corazón

Los besos que me debes

Promesa bajo las estrellas

Tú eres mi deseo

Tan solo un instante

Amistad inesperada
Serie Sweet Love 1
Moruena Estríngana

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la portada, Mikhail_Kayl / Shutterstock

© Moruena Estríngana, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2017

ISBN: 978-84-08-17381-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Àtona-Víctor Igual, S. L.
www.victorigual.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

